

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Año 13. — N° 91.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

El incendio de Varna; grabado. — El Tirteo español. — Revista de Paris. — Una pesca de conchas en Taiti; grabados. — Margarita Pusterla. — Historia de la toma de Bomarsund; grabados. — Toniotto y María. — Villanesca. — En un álbum. — Regatas; grabados. — El Tigre y la Zorra. — El Sepulcro. — Crónica de Suecia. — Descripción del bordado. — El mes de Setiembre; grabado.

### El incendio de Varna.

En la noche del 10 al 11 de agosto se declaró en Varna un horroroso incendio. Según nuestras cartas par-

ticulares, pues los periódicos de Constantinopla han hablado con exageración de este desastre, el fuego duró tres días, en los cuales quedó devorada por las llamas la parte baja de la ciudad, donde desgraciadamente se hallaban los almacenes de víveres, de los que no se ha podido salvar mas que una parte; los de los ingleses han sido los que mas han sufrido en el incendio. Los soldados, rendidos de cansancio, y viendo que se perdían las provisiones, se precipitaron sobre los líquidos y bebieron en demasía. Añádese que los ingleses se distinguían en ese desorden, del que sería preciso consolarse, si no hubiera tenido las resultas que tanto se temían. La parte de la ciudad que no fué atacada por el fuego, ha debido resentirse del desconcierto y confusión naturales en casos semejantes. Sea como quiera, ese incendio no causó ninguna interrupción en el embarque de las tropas auxiliares, que á esta hora, deben hallarse ya en la Crimea.

Por un despacho telegráfico del 19 de agosto, se sabe que se quemaron en el incendio 300 casas, y se sabe también que los víveres estaban embarcados ya en el momento del incendio. Los polvorines estuvieron á punto de saltar, pero no ocurrió esta desgracia, porque llegó á cambiar el aire, y porque las tropas hicieron prodigios de valor, con el mariscal de Saint Arnaud á su cabeza.

### El Tirteo español.

IV.

La parte mas bella de la oda al Panteon del Escorial es la que puede considerarse como un compendio his-



Incendio de Varna, en la noche del 10 de agosto.

tórico de la dinastía austriaca, por intervenir en ella todos aquellos príncipes que gobernaron la España desde los tiempos de su mayor esplendor, desde el célebre Carlos Quinto, vencedor de Francisco I, hasta que se pronunció en su mayor decadencia moral y material, es decir, hasta la muerte del pusilánime y necio Carlos II el Hechizado, que entregó la corona á un príncipe francés. Empieza este compendio por un apóstrofe que el príncipe D. Carlos dirige á los sucesores de su padre, después de haber anatematizado la política de los déspotas.

..... Que se estremezca  
La tierra á vuestro arbitrio, este es el orden,  
Esta la ley con que regís al mundo  
Tú y tus iguales, y al ahogar la vida  
De las naciones miserables que os sirven  
Dais el nombre de paz al desaliento  
De la devastacion. ¡ Oh! de Felipe,  
Hijos, nietos imbéciles, decidle  
Que resta ya de la nacion que un tiempo  
Al mundo dominó como señora :  
Alzaos del polvo y respondedle ahora.

Una de las circunstancias que acompañan siempre al verdadero poeta es la de adelantarse á la época en que viven. Así se observa en Quintana que en muchos de sus felices rasgos puede pasar por un profeta político. En los versos que acabamos de copiar se ve la definición que hace de la palabra *orden*, de esa palabra horrenda ya y patibularia por el abuso que han hecho de ella los tiranos modernos, desde el emperador de Rusia que al exterminar á los polacos por medio del suplicio y la deportacion se consolaba con la idea de que el orden reinaba en Varsovia, hasta nuestros dias en que invocando siempre la palabra fatal, hemos visto á muchos gobiernos de la Alemania, de la Italia y de nuestra España, imitar contra sus propios pueblos las crueldades cometidas por el Czar en un pais conquistado. El ilustre Quintana definió, pues, hace mas de cincuenta años esa palabra tal como habian de comprenderla los representantes de esa farsa moribunda, de ese despotismo absurdo que no puede resignarse á perecer sin cubrir de sangre las últimas páginas de su funesta historia. Veamos ahora el efecto que produjo el arrogante apóstrofe del príncipe D. Carlos.

A los tremendos ecos  
De la imperiosa voz que resonando  
Fué como trueno bronco por los huecos  
De aquellas tumbas, de repente abiertos  
Sus mármoles tres sombras abortaron  
Que en vez de amor ú horror, desprecio solo  
Y piedad injuriosa me inspiraron.  
Bajaba al suelo sin cesar los ojos  
Con apariencia mística el primero,  
Dejando el cetro en tanto por despojos  
A un mercenario vil, cuya avaricia  
Mientras mas atesora mas codicia.

Tal es el lacónico bosquejo que hace el poeta del rey Felipe III, célebre solo por la infame expulsion de los moriscos y de su privado el duque de Lerma, famoso por su ambicion y nepotismo, pues no contento con atesorar riquezas y ceñir el capelo de cardenal, colocó á todos sus parientes en los primeros destinos de la nacion, y elevó á las mas altas dignidades y aun al ministerio á su antiguo criado, el desgraciado Rodrigo Calderon.

En juegos, danzas, farsas distraido,  
Y al cóctalo procaz dando el oido,  
El segundo se entrega á los placeres  
Y el reino y el deber pone en olvido.

No es difícil reconocer en esta breve pintura al libertino Felipe IV, rey muy aficionado á las ninfas del Parnaso y á las hijas de Adán, que se entretenia en galanteos y en escribir ó representar comedias mientras dejaba perder el Portugal, sin dar á este acontecimiento la mayor importancia, que castigaba con ferocidad al privado de su padre en la persona de D. Rodrigo, mientras él se entregaba en cuerpo y alma á la privanza del conde-duque de Olivares, mucho mas ruinosa, mucho mas insolente que la del duque de Lerma. Pero en la pintura de estas tres sombras que abortaron los mármoles de las tumbas, el retrato admirable, el que puede competir con el de Felipe II, es el de Carlos II el Hechizado, último vástago de aquella calamitosa dinastía. He aquí esta inimitable descripción.

Trémulo el otro, respiraba apénas.  
¡ Oh, Dios! ¿ Y esto era rey á tanto imperio?  
Nulo igualmente á la virtud que al vicio,  
Indigno de alabanza ó vituperio,  
La estrella infausta que su sér gobierna  
Le condenó en el mundo  
A impotencia oprobiosa, á infancia eterna.

Tales son, en efecto, aquellas tristes figuras que solo podian inspirar una piedad, como dice el poeta, injuriosa, séres venturosos y desventurados que tuvieron en su mano el poder de labrar la felicidad de un gran

pueblo, y lo condenaron por su estúpido fanatismo á la postracion, imágen de la muerte. Ante estos desdichados reyes aparece ménos repugnante la figura de Felipe II, que disculpaba en parte sus defectos por la grandeza de su ambicion, aunque no tuviese la fortuna de realizar sus planes como hubiera debido esperarse del hijo de Carlos Quinto. Así lo reconoce el poeta cuando dice :

Viólos Felipe, y en aquel momento  
Lució en su faz la majestad pasada.  
Viólos y dijo : ¿ quiénes sois? ¿ qué hicisteis  
Del inmenso poder que se extendía  
Con pasmo universal de polo á polo?  
Tal os lo dí muriendo. Al nombre hispano,  
A su esplendor y bélica fortuna,  
Tembló el francés, se estremeció el britano,  
Y le oyó con terror, la media luna.

Esto es escribir con dignidad. Aquí se ve como el poeta hace justicia al personaje que ántes nos habia presentado tan odioso, y en ambos casos tiene razon. ¿ No puede mirarse esta composicion como el compendio mas brillante y concienzudo de la época á que se refiere? Así lo es para mí, al mismo tiempo la primera poesia castellana, la mas nutrida de ideas, la mas fantástica y la mas sostenida en su majestuosa entonacion. Veamos como contestan á la enérgica interpelacion de Felipe sus degenerados sucesores :

#### FELIPE III.

Yo nací para orar : un solo dia  
Quise mostrarme rey, y de sus lares  
A las arenas líbicas lanzados  
Un millon de mis súbditos se vieron.  
Los campos todos huérfanos gimieron ;  
Llora la industria su viudez, ¿ qué importa?  
Su vez no llegó á mí.

#### FELIPE IV.

Ya el trono de oro  
Que á tanto afán alzaron mis abuelos  
Debajo de mis piés se derrocaba,  
Mientras embebecido entre festines  
Yo olvidando mi oprobio, respiraba  
El aura del deleite en los jardines.

#### CARLOS II.

Yo inútil...

No dice mas este grotesco personaje, ni podia decir otra cosa, porque hasta las palabras y el aliento debian faltarle para hacer la vergonzosa confesion de su impotencia. Un rey que creyó de buena fe que le habian dado un hechizo en el chocolate y que encomendó á los exorcismos el remedio de un mal que cualquier patan hubiera buscado en los medicamentos, un rey que cediendo á las intrigas de cuatro embaucadores, entregó la nacion española al capricho de Luis XIV de Francia, no debia tener voz para completar una frase. Sin embargo, este hombre tan apocado y tan débil halló bastante fuerza en su estúpido fanatismo para presenciar aquellos espantosos autos de fe en que se quemaban centenares de personas inocentes confundidas con algunas culpables, y aun llevaba el haz de leña para prender fuego á la hoguera en que debian consumirse las víctimas. Al oír Felipe las dos solas palabras que pronunció su viznieto, le impone silencio, diciendo :

#### FELIPE II.

Basta ya, ¿ quién hay que al verte  
Pueda ignorar la deplorable suerte  
De este imperio en tus manos moribundo?

#### DON CARLOS.

Aun no basta, responde : ¿ A quién el mundo  
Te vió dejar el vacilante trono?  
¿ A quién diste el poder de Austria?

#### CARLOS II.

A la Francia.

#### FELIPE II.

¿ A la Francia! ¿ A esa gente abominable,  
Eterno horror de la familia mia?  
¿ Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras,  
Que en San Quintin triunfaron y en Pavía,  
Bajo el yugo se ven de los vencidos.  
¿ Cómo España es tan vil que lo consiente !!  
No hay duda, un astro pérfido, inclemente,  
Se ha complacido en eclipsar mi nombre  
Y el mundo en vano me llamó el Prudente.

Me permitiré hacer una aclaracion, aunque no la creo necesaria para muchos de mis lectores. En ese verso donde Felipe llama gente abominable, no se refiere de ningun modo á la nacion francesa, sino á la dinastía borbónica, que habia sido siempre rival y enemiga de los príncipes austriacos. Doy esta breve explicacion por si alguno pudiera ver en dichas palabras un arranque de ciego patriotismo en lo que el poeta hace con tanta propiedad decir á Felipe II, pues tal hubiera sido en efecto el lenguaje de este rey si al volver al

mundo hubiese sabido la extraña manera con que los Borbones se introdujeron en España. Terminaremos este asunto con la arrogante descripción que el poeta hace del emperador Carlos Quinto para completar un cuadro tan rico de contrastes :

Así en estos inútiles clamores  
Su confusion frenético exhalaba,  
Cuando las losas del sepulcro hendiendo,  
Se vió un espectro augusto y venerable  
Que á los demás en majestad venia.  
El águila imperial sobre él tendia  
Para dosel sus alas esplendentes,  
Y en arrogante ostentacion de gloria,  
Entre sus garras fieras y valientes  
El rayo de la guerra arder se via  
Y el lauro tremolar de la victoria.  
Un monte de armas rotas y banderas  
Bajo sus piés indómitos yacia ;  
Despojos que á su esfuerzo las naciones  
Vencidas, derrotadas le rindieron :  
Las sombras á su aspecto enmudecieron.

Aquí pone el poeta un elocuente discurso en boca del emperador, manifestando que la decadencia de España no se debe solo á la degeneracion de sus príncipes, sino á la ambicion de estos. Confiesa Carlos Quinto que él fué el primero á obrar esta funesta reaccion cuando hizo morir la libertad castellana en la persona de Padilla ; reprende á su hijo por haber destruido los fueros de Aragon asesinando al desgraciado Lanuza, y exclama poseido de una santa indignacion :

#### Así arrolladas

Las justas leyes, los sagrados fueros  
Que eran del pueblo fuerza y energía,  
¿ Quién, insensato, imaginar podria,  
Que en si abrigando corazon de esclavo,  
Señor gran tiempo el español seria?

- Cree el tirano ver la imágen de la Patria que le maldice.

Y era así, que agobiada con el peso  
De tanto golpe allí se querellaba  
Doliente y bella una mujer, y en sangre  
Toda la pompa militar manchaba.

Terminaremos aquí el exámen de esta admirable composicion, que hubieramos querido copiar íntegra porque es la primera del poeta y, por consecuencia, la primera de nuestro Parnaso.

J. M. VILLERGAS.

### Revista de Paris.

Vamos á tratar de una rosa, de una rosa lindísima, que no es por cierto aquella rosa blanca, ni aquella otra encarnada que Enrique de Lancastre y el duque de York pasearon por los campos de batalla de la Inglaterra, como si las flores, esas suaves emanaciones de la naturaleza, debieran perfumar cadáveres; no es igualmente aquel botoncito de Bengala que una jóven tan noble como poética, entregó como una prenda de afecto á Carlos I cuando marchaba al cadalso, y por último, no es tampoco aquella otra rosa encarnada que el general republicano Marceau recibió amorosamente de manos de una jóven que le debia su salvacion, si hemos de creer á M. Alejandro Dumas, hombre muy entendido en historia.

No; trátase aquí de una rosa nueva, de una variedad de los rosales de Francia, la última invencion de un jardinero célebre que cuenta sus invenciones por millares. Nuestra rosa crece sobre un arbolillo bajo, que exige mil precauciones de cultivo, y es una flor pequeña, redonda y apretada con todas sus hojas rizadas y de un color de grana con matices purpúreos y violados que forman como ribetes de las hojas, y la dan un aspecto original en el que consiste toda su hermosura; ordinariamente esta rosa crece sola.

En junio último, hácia el tiempo en que se acaban las primeras rosas en Paris, no existia mas que una rosa de aquella variedad en el pueblo de Y..., en una magnífica posesion situada á la orilla del Sena, y habitada por un coronel rico, retirado del servicio, aunque no habia llegado aun á los cincuenta. Aquella rosa, la única que se veia en el jardin del coronel, alzaba su corola fresca y gloriosa de un modo tan virginal, que las abejas daban vueltas en su derredor sin atreverse á profanar su cáliz perfumado. Por eso sin duda un jóven de buena apariencia, á quien llamaremos Raimundo, anhelaba con empeño apoderarse de aquella flor preciosa.

Paseábase pues una mañana por delante de un cercado de zarzas detrás del cual distinguía la rosa de color de grana que tanto le llamaba la atencion; seguramente estaba pensando como la cogeria cuando el coronel envuelto en una bata y fumando un cigarro, se asomó por una de las ventanas de su casa que daba al camino.

Raimundo se fué derecho hácia él, y saludándole de mala manera, le dijo :

— Caballero, he visitado esta mañana los principales jardines de la comarca, dos leguas á la redonda, sin haber podido hallar una sola rosa de color de grana.

El coronel soltó flemáticamente una bocanada de humo y respondió.

— Pues quiere decir, señor mio, que tiene Vd. que ir mas lejos á buscarla.

Raimundo repuso con algo de emocion :

— Eso pensaba hacer, cuando he notado que tenía Vd. una de esas rosas en su jardín, y me he figurado que podía Vd. hacer el favor de dármela.

El coronel siguió despidiendo el humo de su cigarro, y respondió con lentitud :

— No haré tal, pues pienso llevarla yo mismo á la señorita Lucía de N...

— Señor coronel, quien ha de llevarla soy yo.

— No puede ser, caballero; ya hace más de un mes que está Vd. regalando á la señorita Lucía de esas rosas que la gustan tanto, y es justo que, al ménos una vez, la entregue yo una de ellas.

— Entonces no queda otro remedio que batirnos.

— Como Vd. guste; soy con Vd. al instante, pero tenga Vd. la bondad de entrar en casa.

Y el impasible coronel concluyó su cigarro sin precipitarse, acabó de vestirse y bajó, con un par de floretes bajo el brazo, á la sala donde Raimundo le esperaba.

— ¿Le convienen á Vd. estas armas, caballero?

— Sí por cierto.

— Yo llevaré conmigo á mi criado Andrés, y Vd. podrá tomar el suyo de paso; serán los espectadores del combate, y dentro un cuarto de hora cuando mas...

— La rosa pertenecerá al que venza.

— Está corriente.

Y se encaminaron hácia un bosquecillo, donde eligieron una plazoleta para terminar el asunto.

El coronel se quitó el frac, sin manifestar la menor emocion; Raimundo, por el contrario, tenía en los ojos la viveza de un valor entusiasta. Méns fuerte y alto que el coronel, tenía mas delicadeza y encanto en su persona, era lo que llaman un hombre muy hermoso.

Los dos adversarios se pusieron en guardia, pero el coronel bajó el florete, y haciendo una señal á los criados para que se apartaran, dijo á Raimundo con acento sereno :

— Caballero, sentiria muchísimo matar á Vd. sin decirle antes que en vano gasta Vd. el tiempo en amorios con la señorita Lucía, pues debe casarse conmigo dentro de poco.

— ¿Con Vd.? exclamó Raimundo.

— Sí, señor, conmigo; ayer noche se terminó el negocio entre ella, su padre y yo.

— No puede ser, repuso Raimundo aterrado, porque ella no le ama á Vd... porque...

— Sé que le tiene á Vd. algun cariño, interrumpió el coronel con indiferencia, lo sé, porque ella misma me lo ha dicho, con la franqueza y rectitud que la caracterizan. Pero tambien añadió que trataria de amarme en cuanto estuvieramos casados; yo no necesito mas que esto, ahora vivo en la confianza de que me amará.

— ¿Y cómo ha podido Vd. arrancarla esa promesa?

— No he sido yo; su padre, que ha comprometido cuanto tenía en locas especulaciones, necesita con urgencia cuarenta mil pesos fuertes para restablecer sus negocios, que he consentido en prestarle yo al instante pidiéndole, por único interés, la mano de la señorita Lucía. ¿Cómo podía negármela? La obtuve, y ese es el hecho.

Una vaga sonrisa de satisfaccion asomó á los labios del coronel cuando pronunció estas últimas palabras.

Raimundo se quedó estupefacto con esa revelacion cuya sinceridad no podía poner en duda, pues conocia al coronel y estaba bien seguro de que era un hombre incapaz de una mentira. El pobre jóven echó á llorar silenciosamente, sin encontrar una respuesta.

— Ya ve Vd. que es inútil que nos batamos, repuso el coronel; yo solo tengo ahora derecho para regalar flores á la señorita Lucía.

Raimundo pareció despertarse al oír esto; se pasó enérgicamente la mano sobre sus mejillas húmedas para enjugárselas, y exclamó :

— ¡En guardia, coronel, en guardia!

— ¿Con qué se empeña Vd. en ello?

— ¡En guardia! repitió Raimundo con una desesperacion sombría.

Los aceros se cruzaron de nuevo, y al cabo de un minuto, Raimundo cayó herido gravemente. Los criados se le llevaron á su casa, y el cirujano declaró que no respondia de nada, sobre todo cuando el estado moral del enfermo aumentaba visiblemente el peligro.

En efecto, Raimundo padecía mas con el sentimiento de haber perdido á su amada Lucía, que con los dolores que le causaba la herida.

Lucía de N... era una preciosa jóven de diez y siete años, rubia y blanca como una inglesa, y sensible y viva como un pájaro. Hacia un año que Raimundo la conocia, y en ese tiempo habia sentido por ella uno de esos amores exaltados, profundos, que son un supremo gozo ó un supremo tormento. Por eso, en el delirio de una fiebre aguda, su voz pronunciaba el nombre de Lucía en medio de sus gemidos.

De repente una firme resolucion se apoderó de su espíritu enfermo. Bajo un pretexto frívolo, alejó al criado que velaba á su cabecera, se levantó con paso vacilante, se vistió á pesar de lo que sufría, y se arrastró hácia el jardín de su adversario.

La rosa de color de grana estaba sobre su tallo; el coronel no la habia cogido todavia.

— ¡Ah! murmuró en un acceso de alegría amarga, yo soy quien te dará la rosa, querida Lucía; no moriré sin hacerte mi regalo de boda.

La calentura le sostenia; con mil trabajos logró atravesar el cercado, se precipitó sobre el rosal, cortó la rosa y huyó como un ladron que acaba de robar un tesoro.

Pero á cada paso sus fuerzas, galvanizadas, por decirlo así,

se debilitaban, y fué á caer medio desmayado en un jardinillo que se extendia bajo los balcones de la sala baja del padre de Lucía.

El sonido de una voz le reanimó como por encanto, y arastrándose llegó hasta una ventana abierta desde donde pudo oír, oculto entre unas matas de flores, algunas palabras de una conversacion entre Lucía y su padre.

— Querida mia, decia el viejo, te lo repito, ese sacrificio es muy superior á tus fuerzas. Sí, la palabra que empeñaste en un ímpetu de generosidad te hace desgraciada, y yo que lo conozco quiero evitar esa desgracia. No faltaba mas que mis intereses fueran antes que la dicha de mi Lucía.

— Padre mio, respondió la jóven con una gracia profundamente melancólica, ya te he dicho que me habia familiarizado con la idea de casarme con Raimundo...

— Guapo jóven, á fe mia; un mozo de corazon y de talento...

— De modo que me cuesta un poco...

— ¡Hipócrita! quieres decir que te cuesta mucho...

— Renunciar á esa esperanza, repuso Lucía con una emocion comprimida; pero esto pasará sin duda... El coronel es bueno, generoso, y yo trataré de amarle, porque te hace un gran servicio.

— Sí, muy grande en verdad, hija mia, pero has de tener entendido que por nada en el mundo consentiria yo en sacrificarte, porque te amo mas que á todos los tesoros del universo.

Y la estrechó sobre su corazon con delirio.

Raimundo alzó dolorosamente la cabeza hasta los hierros del balcon y vió á la hermosa jóven colgada del cuello de su anciano padre; magnífica estaba de aquel modo; Raimundo se desprendió de la ventana suspirando, y gruesas lágrimas corrian por sus mejillas.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuánto la amo! murmuró.

Lucía prosiguió con un acento de resignacion indecible.

— Está muy bien, padre mio, me casaré con el coronel, no hay mas que decir sobre el asunto. Pero una cosa te pido, y es que me dejes marchar en secreto á casa de la tia que vive en Paris, á pasar con ella todo el tiempo necesario para los preliminares de la boda, pues debo olvidar á Raimundo, y para esto es preciso, á lo ménos, que no le vea.

Y la pobre Lucía se ahogaba al pronunciar estas últimas palabras.

— Es verdad, es verdad, concibo que te daría mucha pena el verle... pero, hija mia, ¿qué ganas se me pasan de enviar á paseo los cuarenta mil pesos fuertes!...

— ¡Padre mio!

— En fin, me conformo, puesto que quieres casarte para salvar á tu padre de la ruina.

Apénas acababa de decir esto cuando un criado anunció la visita del coronel.

El militar habia perdido algo de su gravedad ordinaria, su rostro reflejaba una sombra de emocion, lo que podia equivaler á un trastorno completo en la cabeza de cualquier otro individuo.

Apénas saludó á nadie.

— ¿Está aquí por ventura? preguntó.

Lucía y su padre se miraron con la mayor sorpresa.

— ¿De quién habla Vd. coronel? dijo el viejo.

— Del amigo Raimundo.

Al oír este nombre, la jóven se estremeció á pesar suyo.

— No, respondió Lucía, no ha venido.

— Pues me sorprende, exclamó el coronel. Figúrense Vds. que tenía en mi jardín una rosa, una rosa soberbia, invencion de este año, la única quizá que habia en la comarca, una rosa que me habia propuesto regalar á la señorita Lucía... y esa rosa ha desaparecido... y Raimundo ha desaparecido tambien, es cosa sorprendente.

— Veamos, coronel, preguntó con impaciencia el padre de Lucía; ¿qué quiere decir todo eso? Tenga Vd. la bondad de clar mas claro.

— Esto quiere decir, señor mio, que me han robado una rosa por la cual me he batido esta mañana bien á mi pesar, y Raimundo, y que trato de recobrarla; creí encontrar aquí ladron y por eso he venido.

— ¿Cómo! ¿se ha batido Vd. con Raimundo? dijo Lucía poniéndose mas pálida que una muerta.

— Sí, señorita, pero él fué quien se empeñó en ello.

— ¡Dios mio!

— Sin embargo, sérnese Vd., pensé que la herida que le hice era bastante grave para hacerle pasar en cama veinte dias, pero á Dios gracias no es así, pues ahora mismo vengo de su casa, y habia salido.

Lucía comprendió lo que habia pasado; se llevó las manos al pecho como para contener los latidos de su corazon, y luego se sentó sin fuerzas, con los ojos bañados de lágrimas, cerca del balcon abierto.

— ¡Pobre Raimundo! murmuró, ¿dónde estará ahora?

En el mismo instante un hombre, ó por mejor decir, un espectro pálido y ensangrentado se alzó en frente de ella sobre el jardín, y presentándole una rosa, la dijo :

— Mujer generosa y cruel, te perdono; aquí tienes el último recuerdo del que te amaba mas que á su vida.

El coronel se adelantó para apoderarse de la rosa, pero Lucía anduvo mas lista.

Un segundo despues la jóven lanzó un grito terrible, pues acababa de ver que Raimundo, vencido por la fatiga y el dolor, habia caído exánime en el suelo.

Pocos dias despues el jóven lanzaba el último suspiro, y no nos atrevemos á decirlo, pero Lucía consumó su sacrificio dando su mano al hombre que habia causado la muerte de Raimundo.

MARIANO URRABIETA.

### Una pesca de conchas en Taiti.

Tuve ocasion una vez de enseñar á un taitiano llamado Toé mi coleccion de conchas, y viendo la mucha importancia que yo las daba, hubo de suponer en un principio que negociaba yo con ese artículo en Europa. Imaginábase que la vanidad de las mujeres europeas, ménos delicada en esto que la de las mujeres de Taiti, hacia entrar las conchas en el número de sus adornos, lo que pareció darle de nuestras modas una opinion enteramente en desacuerdo con la idea que se habia formado de nuestro lujo. Yo le desengañé prontamente explicándole el objeto científico que me habia propuesto al formar mi coleccion, y aunque no por esto comprendió mejor su utilidad, sin embargo se quedó mas satisfecho.

— Puesto que te gusta tanto reunir conchas, me dijo una tarde el buen Toé, si quieres venir esta noche conmigo, te llevaré á un lugar donde podrás coger muchas y muy raras. Mientras pesque yo pulpos, tú podrás registrar el banco de coral, y no dudo que encontrarás lo suficiente para contentar tu inclinacion á las conchas.

La oferta de Toé me pareció una buena fortuna, y la acepté con mil amores. Varias veces ya, explorando la costa de la isla, habia reconocido muchas variedades interesantes, y me prometia que una excursion por el mar hasta los bancos de coral, que forman como un cerco en torno de la isla, debia abrirme un vasto campo de observaciones y de estudio. Además, esa pesca, á causa de las dificultades que presenta, no carece de cierto interés, y aunque impone muchas fatigas, y aunque no siempre se halla exenta de peligro, tenia para mí un atractivo como el de la caza ó cualquier otro ejercicio que pone en juego la actividad del cuerpo.

A eso de media noche, Toé vino á mi cabaña y me dijo que estaban hechos todos los preparativos, y que debiamos aprovecharnos de la oscuridad. En efecto nos embarcamos á bordo de una de esas piraguas taitianas, trabajadas toscamente en un tronco de árbol. A los lados de esos frágiles esquifes, hay dos ramas de guayabo, muy flexibles, cuya extremidad va sujeta á una estaquilla de madera muy ligera, que sirve para mantener el equilibrio, pues como la embarcacion es muy estrecha y redonda por abajo zozobraría infaliblemente sin ese contrapeso al menor movimiento. Mucha destreza se necesita para manejar esos barquichuelos. En cada uno de ellos van por lo comun dos indios hombres ó mujeres, y á menudo un hombre y una mujer. Los hombres van delante, bien agarrados al borde con la articulacion del pié, y la mujer sentada á popa, hace marchar y dirige la piragua por medio de un pagai ó pala larga que sostiene por el mango, y que introduce en la mar llevándola de proa á popa. Solo cuando hay mucho viento se ven precisados á nadar por ambos lados; la agilidad de esos botecillos es verdaderamente extraordinaria.

En el momento en que entramos en la mar, la rada, delante de Papeeta, se hallaba surcada por un crecido número de lanchas de pescadores, que como nosotros iban hácia el arrecife donde siempre hay pesca en abundancia. Esa cadena compuesta de masas de coral, de una anchura de doce á quince metros, no se halla cubierta por las olas mas que una parte del dia en tiempo ordinario. Las grietas profundas que presentan esos bancos, las innumerables cavidades que hay en ellos, ocultan una infinidad de peces, de crustáceos y de moluscos. Algunos de estos últimos son muy notables por la riqueza y variedad de los colores de sus conchas. En las horas de mucho calor los moluscos se ocultan bajo los corales, y por la noche salen para buscar su alimento; por eso se pescan siempre por la noche.

Gracias al vigor y á la sangre fria de Toé, pronto atravesamos el espacio que separa la costa de Papeeta del arrecife, y luego nos deslizamos ágilmente por el medio de las masas inmensas de coral. El viento era favorable y pudimos acercarnos á la cordillera del arrecife lo que no siempre es fácil; lejos de eso, hasta es imposible abordar cuando el viento sopla hácia la costa. La impresion que se recibe al poner el pié en tierra por primera vez, sobre ese suelo tan desigual, es sorprendente; por mi parte nunca olvidaré el efecto del cuadro que se presentó entonces á mis ojos. Aquellos hombres de rostro negro, llevando horizontalmente sobre los hombros antorchas de ramas secas y corriendo con una rapidez fantástica por entre las crestas invisibles de que se halla erizado el suelo; el aspecto singular de los ángulos salientes del coral que se reflejaban dentro del agua, y que bajo la influencia de las luces tomaban los colores y formas mas diversas; las grietas de las rocas, el silencio de la noche combinado con el ruido sordo y monotonico de la mar, todo eso formaba para mí un espectáculo imponente.

Subimos con nuestra piragua sobre el arrecife.

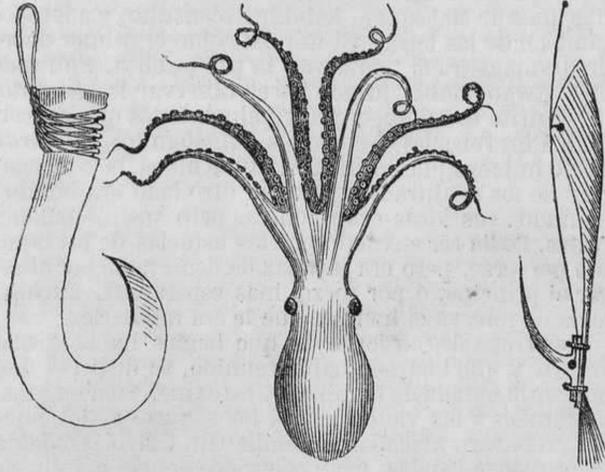
— Sígueme, me dijo Toé, que marchaba con paso seguro por los peñascos; voy á llevarte á un banco donde hay muchos pulpos, lo que quiere decir que encontrarás las conchas mas bonitas y delicadas que pueden verse.

Con muchas dificultades pudimos llegar al sitio de que me habia hablado Toé, y allí encontramos ya muchos indios ocupados en la pesca. Entonces pude observar las maneras distintas que usan aquellos pescadores. Algunos de ellos provistos de antorchas, con una cesta en el brazo izquierdo, y la mano derecha armada con un pedazo de circulo de hierro, seguian el borde del arrecife, pegando con ese instrumento á los crustáceos que, atraídos por el resplandor de las antorchas,



Toé se encargó de recordármelo. Sin decir una palabra se puso á buscar entre las algas, y un momento despues me trajo un cono de una especie comun. Yo quise mostrarle que entendia mejor que él aquella pesca, y poniendo mis vestidos sobre la punta de una roca, al abrigo de las olas, me arrojé á la mar. No obstante la limpidez del agua, y la claridad que la antorcha de Toé proyectaba sobre la arena dorada y fina, era bastante difícil distinguir los objetos. Inútilmente me sumerji repetidas veces á una grande profundidad. Esta maniobra pareció sorprender mucho á mi compañero que despues de haber colocado su antorcha de modo que pudiera alumbrarnos, se arrojó al agua sin quitarse la *parex*, pedazo de tela que los indios se arrollan al cuerpo y que cae sobre sus piés; es un vestido indispensable. Para la pesca y para montar á caballo anudan entre sus piernas la extremidad inferior, y por el contrario, cuando están en tierra, sobre todo en los dias festivos, la dejan arrastrar lo mas que pueden. Evidentemente Toé tenia intencion de mostrarme de qué modo debía yo proceder, y debo confesar que su ejemplo y sus consejos me fueron muy útiles. En tanto que yo queria explorar de nuevo el fondo, mi valiente Toé, siguiendo los arrecifes escudriñaba todas las grietas, levantaba las algas, y de este modo logró recoger algunas conchas, como arpas, liras y sobre todo tres admirables géneros de conos. Yo ignoraba entónces, que por una particularidad propia de las muchas de

ese país, un crecido número de moluscos no salen de las profundidades del Océano sino durante los fuertes

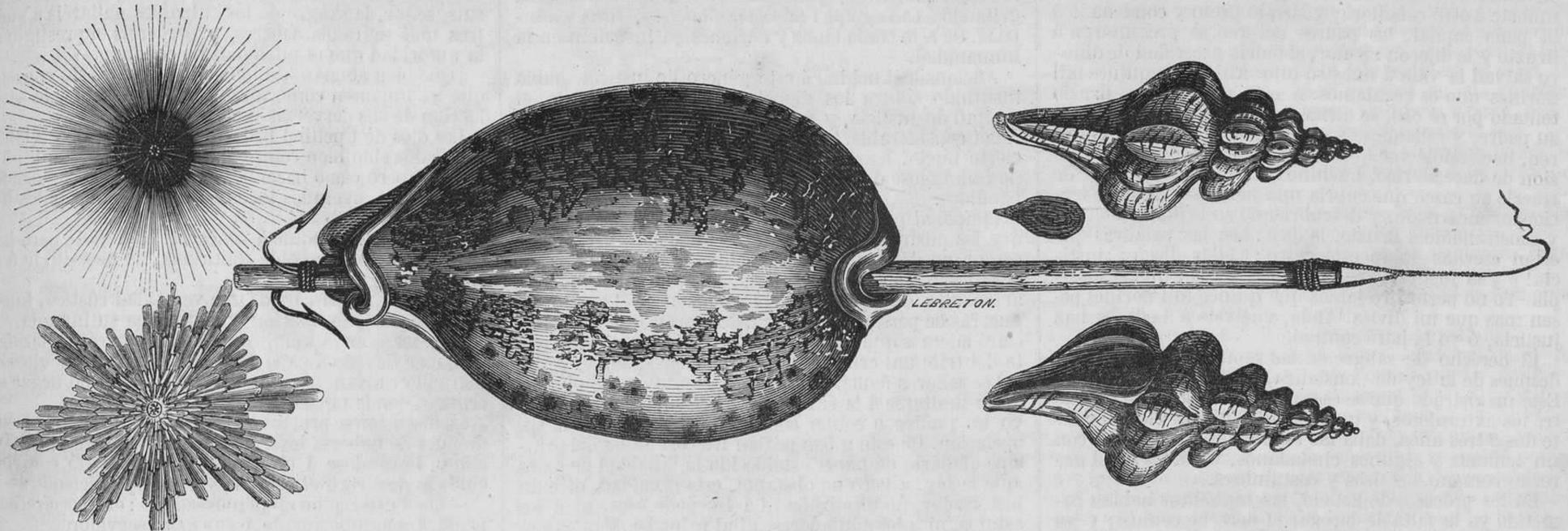


Pulpo de las islas de la Sociedad, y anzuelos en nacar de perla.

calores. Cuando vienen las noches frescas, todos esos animales abandonan los lugares descubiertos y van á

ocultarse unos en la arena, y otros bajo los corales; solo algunas especies buscan abrigos entre las algas y los arrecifes. Esta circunstancia hace que la pesca sea allí bastante difícil y peligrosa, pues expone al pescador á las mordeduras mortales de muchas clases de peces.

Aprovechando me de la leccion de Toé, me puse á visitar todas las cavidades sin olvidar ninguna de las importantes precauciones que las circunstancias hacian necesarias. Antes de meter la mano sondeaba los agujeros, y casi siempre sacaba alguna presa. Yo conocia y aun poseia la mayor parte de aquellas conchas, pero un hallazgo del mas alto interés me colmó de alegría. Encontréme, pues, delante de una masa enorme de coral con ramales que se prolongaban en el agua en forma de garras, y donde se veian excavaciones muy profundas. En una de esas cavidades habia un enorme monton de conchas; llamé á Toé, y entre los dos sacamos pronto aquellas riquezas sin perder nada. El navegante que descubre una tierra desconocida á la cual dejará su nombre, el astrónomo que halla un mundo nuevo en el firmamento, podrian únicamente comprender el gozo que yo experimenté al poner la mano en mi tesoro. Entre aquella multitud de conchas habia entrevisto rápidamente algunas especies magnificas: variadas porcelanas, una de ellas aurora; muchos conos, azules y escarlata, y una especie muy diminuta de estos últimos de un hermoso encarnado. La mayor parte de esas variedades son sumamente raras. Pero entre todo lo que



Esquino de espina larga y esquino del arrecife exterior.

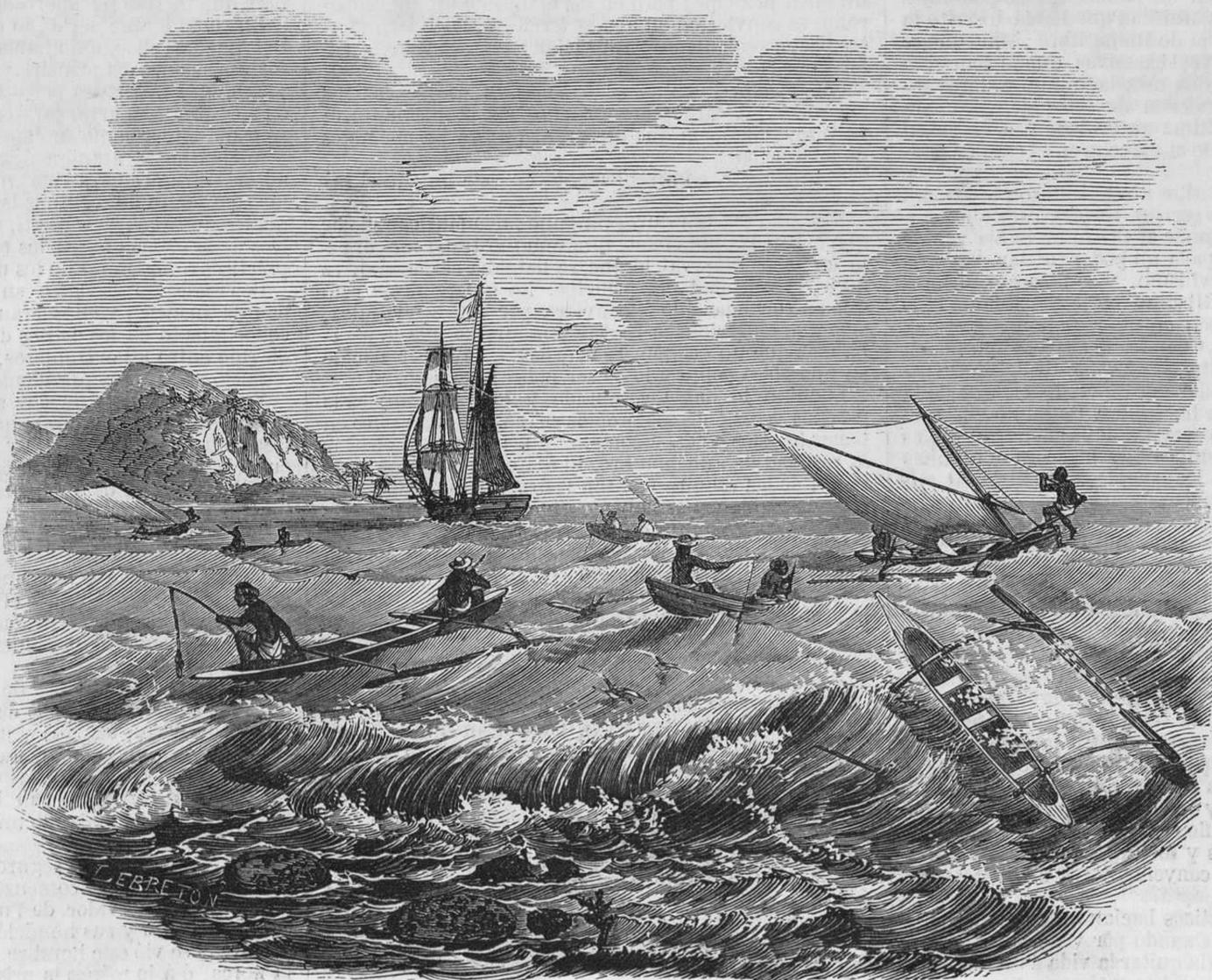
Anzuelo taitiano para pescar los pulpos.

Concha univalva con su operculo.

mas me sorprendió fué una concha univalva, que hasta el dia no se encuentra en ningun museo.

Esta bonita concha, que pertenece al género *murex*, es una de las mas raras y al mismo tiempo una de las mas curiosas. Es un poco bombeada por en medio; debajo de la abertura principia la vuelta que se estrecha cada mas vez hasta la extremidad superior, y se estrecha formando un tubo ó *canal*; el borde exterior de la derecha es cortante como en todas las de su especie; su color es uniforme, naranja oscuro; la boca es color de rosa muy vivo, y el nacarado que se ve en esa abertura da un brillo á sus colores que nada podria imitar.

El molusco que habita en esta concha tiene una cabeza poco distinta del cuerpo, y siempre provista de algunos órganos de los sentidos; además tiene dos tentáculos y una trompa. Lo que primero se ve es su operculo, tela delgada, oblonga y córnea, con que cierra com-



Piraguas pescadoras en el paso de Papeeta

pletamente la concha cuando la incomodan; es la única defensa que se le conoce. Este operculo le sirve tambien para arrastrarse por medio de contracciones, y por eso su marcha es muy lenta y muy poco segura. El cuerpo del molusco es escarlata oscura; solo sus ojos son azules y están revestidos de una materia córnea. El color del animal es pues mas oscuro que el de su concha.

Me hallé, pues, enriquecido con un objeto precioso para mi coleccion: Toé no debió comprender los transportes que excitó en mí aquel hallazgo. Me dijo que la noche tocaba á su fin y que pronto iba á salir el sol, pues en esas hermosas regiones el crepúsculo es desconocido, y se pasa súbitamente de la noche al dia. Al amanecer todos los moluscos se retiran. Toé quiso persuadirme de que deseaba llegar á la isla inmediatamente para hacer en comun su oracion de la mañana, pero en realidad conocí que era pura hipocresía,

pues lo que deseaba era satisfacer su hambre india. Sacamos nuestra piragua a la mar y nos dirigimos hacia Papeeta. La mar estaba alborotada, y sin la imperturbable presencia de ánimo de Toé, podíamos hacernos mil pedazos contra los escollos ocultos a flor de agua. Gracias al cielo, nada malo nos sucedió, y hoy puedo disfrutar del gozo de haber cogido una concha única como la que acabo de describir en mis últimas líneas.

L. M.

## MARGARITA PUSTERLA

## X.

## EL PROCESO.

En Milan se instruía entre tanto el proceso de las personas presas, como habiendo tomado parte en la conjuración. Luchino Visconti procuraba cuidadosamente guardar las apariencias de la justicia, y sus aduladores recordaban continuamente con grandes elogios el hecho que vamos a citar.

Habia puesto el gobierno de Lodi entre las manos de Bruzio, su bastardo predilecto, joven amigo de las letras, pero engolfado en toda suerte de corrupción. Bajo su administración sucedió que un caballero dió la muerte á otro caballero; y siendo preso y condenado á la pena capital, los padres del reo se presentaron á Bruzio y le dijeron: Señor, si teneis necesidad de dinero salvad la vida á nuestro hijo. Ahí teneis quince mil florines que os regalamos. A esta proposición, Bruzio tentado por el oro, se dirige hacia Milan, se presenta á su padre, y echándose á sus piés le pide el perdón del reo, haciéndole ver que esta gracia le presentaba ocasión de hacerse rico. Luchino hizo señal á un paje de traerle su casaco que cubria una hermosa funda de terciopelo encarnado, y descubriendo su brillante escudo, y mostrándolo á Bruzio, le dice: Lee las palabras que están escritas sobre este casco: «ellas dicen: ¡justicia!» y la justicia, añade, velarémos por que se cumpla. Yo no permitiré jamás que quince mil florines pesen mas que mi divisa. Anda, vuélvete á Lodi, y haz justicia, ó yo la haré contigo.

El derecho de sangre en las repúblicas Lombardas, despues de la ley de Constanza, pertenecía al podestá. Este magistrado que se escogia ordinariamente de entre los extranjeros, y que ejercia la jurisdicción durante dos ó tres años, daba las sentencias de concierto con un teniente y algunos ciudadanos, versados en el derecho romano, los usos y costumbres.

En los procesos de Estado, las repúblicas habian cometido ya la falta de derogar el derecho comun; y los pequeños tiranos que le sucedieron en la mayor parte de Italia, agravaron todavía mas las disposiciones de los gobiernos populares sobre este punto. Cuando se encontraron, ó por mejor decir cuando se pusieron á estudiar la razon escrita en las pandectas, los poderosos no se acordaron de las garantías que habia inscrito la prudencia y la sabiduría de Roma libre; sino que se aprovecharon de las leyes excesivas que la temerosa tiranía de los césares habia mezclado con mejores reglamentos. Ellos se sirvieron de estos ejemplos para hacer la base de su ilegítima autoridad, y se creyeron justificados transgrediendo el derecho en el caso de lesa-majestad.

Entonces los jurisconsultos no consultaron lo que era justo, sino lo que estaba escrito. Inspirados por los empleos de una sociedad donde el Cristo no habia venido todavía á oponer á la espada un poder tutelar, cayeron en el mas abyecto servilismo, y se hicieron furiosos campeones del partido Gibelino por esa manía de imitación romana que ha echado á perder tantas cosas en nuestro hermoso país. Cuando Barbaroja reunió en Roncaglia la Dieta italiana, los grandes legisladores declararon que el emperador era señor del cielo y de la tierra; dueño de vidas y haciendas. Dante no adelantó casi ménos en su libro servil... de la monarquía. Los jurisconsultos tenian siempre á su disposicion algunas razones para inducir á los pueblos á sustituir al gobierno de todos los gobiernos de uno solo; los tiranuelos se aprovechaban de estas doctrinas que no asentaban la legalidad en la razon, sino en los actos de un gobierno, cualquiera que fuese, que sostenia que toda ley es absolutamente obligatoria, y que lo que agrada á los jefes es la ley. De esta manera los tiranos podian alabarse de ser los protectores de la libertad, pues que definian la libertad el poder de hacer todo lo que no estaba prohibido por las leyes. Los estatutos criminales de Milan se resienten del espíritu del siglo. El párrafo 166 establece: «Que serán rebeldes en el distrito de Milan todos los que se declaran contra la tranquilidad del señor y de la municipalidad. El artículo precedente ordena, que en los casos de rebelion, considerados en este sentido, el podestá y los jueces, todos y cada uno sean obligados por su oficio á informar, y á proceder por indicios, argumentos y torturas, y todos los demás medios que les parezcan convenientes, y despues á condenar y castigar.

Estos reglamentos elásticos hacian que en todo país, como lo dice Muratori: Cuando por venganza ó sobre simples sospechas se queria quitar la vida á un hombre, se ponía por delante el nombre y el procedimiento de una conjuración. Este nombre era el que Luchino ha-

bia extendido. Era necesario despues que un proceso le diera consistencia. El 15 de junio, es decir, seis dias escasos antes de los acontecimientos, el cargo de podestá de Milan habia sido conferido á Francisco de Oramara, marqués de Malaspina, hábil jurisconsulto, y adorador tambien de las letras. El miraba como el primer deber de un magistrado conservar la paz pública. Entrando en el cargo, habia jurado hacer observar los estatutos del distrito de Milan, y principalmente los que concernian á los rebeldes, ó como los llamaban los *malesardi*. El no hubiera puesto ningun obstáculo á la condenación de los conjurados, pero por otro lado era hombre honrado: sus ideas eran pobres, pero sus intenciones rectas. Podia ser envuelto por las astucias de un hombre perverso, pero era incapaz de denigrarse por alhagar al príncipe, ó por mezquinas esperanzas. Luchino tenia de reserva el hombre que le era necesario.

Esta tropa de san Jorge de que hemos hablado mas arriba, y que Lodrisio habia reunido, se dispersó despues de la batalla de Parabiago. Estos mercenarios acostumbrados á las violencias y á los saqueos de los pueblos, robaban, atacaban, incendiaban, terribles todavía en pequeñas bandas. Eran conocidos bajo el nombre de *giorgi*. Para reprimirlos se permitió á cada uno hacerse justicia por sus propias manos.

Las memorias del tiempo cuentan que Antonio y Matteo Crivelli, á quien los giorgi habian destruido sus haciendas, los asaban cuando podian cogerlos, y relle-nándolos de avena, los daban á comer á sus caballos; y otros en el territorio de Cremona les abrian la piel por la espalda en tiras, y despues el verdugo los azotaba gritando á cada golpe: *Stringhe é bindelli*, tiras y agujetas. De esto ciudadanos y naciones se instruian en la humanidad.

Aficionado Luchino á este género de justicia, habia instituido contra los giorgi un nuevo magistrado, el capitan de justicia, y lo habia investido de una autoridad considerable. Para llenar este cargo, escogió á un cierto Lucio, hombre de un carácter implacable, que no cansándose de encarcelar y colgar, limpió el país de bandidos.

Limpió al país de grandes y pequeños bandidos, porque los mismos señores en sus ciudadelas y casas de campo no dejaban pasar un solo hombre si no llevaba el salvo-conducto de la miseria. Luchino puso un freno al orgullo de aquellos nobles ladrones; él abolió las guerras de persona á persona, de familia á familia. Declaró además que todo el país dependia inmediatamente del tribunal criminal establecido en Milan.

Los señores feudales se vieron de esta suerte obligados á limitarse á la simple jurisdicción, y en lo sucesivo no pudieron contar con administrar la justicia sin apelacion. De este modo podian los cortesanos del príncipe alabarle de haber establecido la igualdad de todos ante la ley. «Pero no obstante, esta igualdad, dice un historiador, no alcanzaba ni á los poderosos, ni á los astutos, ni á los aduladores, ni al príncipe, bien entendido, ni á sus favoritos, ni á los favoritos de sus favoritos.»

Las mejoras que se hacen en un Estado, son un beneficio del cielo, cuando se proyectan y ejecutan por un buen príncipe; pero en las manos de un mal soberano, se convierten en armas terribles, en instrumentos propios solamente para saciar sus pasiones, y satisfacer sus ruines venganzas.

Con efecto, Luchino acababa todos los dias con sus enemigos; ¡descargando sobre ellos con la misma dureza y severidad con que descargaba sobre los enemigos de la sociedad!

Secundábalo admirablemente en este trabajo el carácter de Lucio.

Ninguno era tan duro, ninguno sabia fabricar mejor que él celadas judiciales, ninguno mostraba mayor celo en hacer observar lo que se llamaba el derecho, es decir, la voluntad del príncipe. No quiere decir esto que su conciencia lo extraviara por una senda falaz, sino que ambicionaba borrar una afrenta que le pesaba mas que un crimen, la vergüenza de haber nacido en una clase pobre y lo de ser pobre él mismo.

Luchino lo habia comprado y lo habia empleado muchas veces en cosas propias suyas. No dudó pues en poner los ojos en él, y comenzó á lisonjearlo y á tentar la vanidad de este hombre. El dia de la solemne traslacion de las reliquias de san Pedro mártir, la fiesta solemne de que hemos hablado anteriormente, se terminó en la corte con un espléndido banquete.

El obispo Giovanni, todos los embajadores de las ciudades, príncipes, grandes señores, literarios, milaneses ó extranjeros, asistian á este festin, siendo tan excesiva la profusion en él, que Grillincervello, admirado á la vista de todas aquellas cosas, dijo al oído á Luchino:

—¿Tienes, señor, algun pez que hacer caer en el anzuelo?

El servicio se iba haciendo á son de trompa y de otros instrumentos, por pajes magníficamente vestidos. Grillincervello corria por en medio de todos, divirtiéndose á los concurrentes con sus agudezas, sus epigramas, sus versos y sus canciones. El recibía de todos finezas que iba reuniendo en un escabel, diciendo que bastarian para alimentar por espacio de quince dias á las numerosas mujeres y á los numerosos niños que, segun el uso libertino de sus iguales, mantenía en su casa.

La conversacion era mas animada entre los convidados, que lo que suele ser hoy en la mesa de los príncipes.

Así se halagaba el amor propio de Luchino porque nunca el calor y la alegría del vino suscitaban pala-

bras que pudieran ofender ni desagradar al príncipe.

La tranquila felicidad de los pueblos, las obras benéficas, las proezas guerreras, la derrota vergonzosa de los enemigos, alguna picante aventura de un particular ofrecian amplia materia á las chanzonetas, los chistes, y la adulacion acostumbrada en semejantes y otros muy diversos casos, suministraban materia suficiente á la conversacion. Tal vez se crea que los convidados de Luchino se abstendian cuidadosamente de toda alusion á los trastornos de aquella semana, y de citar á los desgraciados que languidecian en las cárceles mientras todo era júbilo en la corte; pero nada de eso: por ventura, ¿no era aquel un nuevo triunfo del príncipe? ¿no era un peligro evitado, un acto de justicia cumplido? El podestá y el capitan de justicia, colocados en medio de otros jurisconsultos, tardaron poco en tomar estos acontecimientos por tema favorito de sus discusiones. Apenas se apercibió Luchino de la conversacion, dirigió la palabra á Lucio, y le dijo:

—Puesto que conocéis á fondo las cosas, y que habeis interrogado todos los oráculos de la antigua sabiduría, ¿qué pensais de lo que acaba de suceder? ¿Qué hubieran dicho los romanos, nuestros ilustres antepasados?

La estudiada bajeza del capitan se acrecentó con la distincion que le dispensaba el príncipe en medio de toda aquella nobleza, y respondió sin vacilar:

—¿Puede dudarse un instante de condenar á los traidores á la patria? Por mi parte, habituado á sostener francamente la justicia, á decidir segun las leyes, cueste lo que cueste, digo y sostengo, que si economizais, señor, la sangre de los culpables, faltaréis á vuestros mas sagrados deberes, y perderéis el prestigio de la autoridad que el pueblo os ha confiado.

Que bien suenan al oído de los tiranos esos consejos que les imponen como un deber la crueldad y la satisfaccion de sus perversas inclinaciones!

Los ojos de Luchino brillaron de contento, y viendo que habia sido bien comprendido por Lucio, continuó:

—Sí, pero cómo hacer con esos zorros viejos, togados ó caballeros, avezados todos en el arte de negar los hechos mas evidentes?

—Señor, enseñadme á vencer al enemigo; para hacer hablar á un rebelde contumaz, no necesito ir á la escuela.

Así, bajo la máscara de una veracidad rústica, Lucio ocultaba su vil adulacion y disfrazaba su infamia.

Despues se envaneció, como de una heróica hazaña, de haber llevado á cabo los procesos mas dificultosos, logrando convencer á los mas obstinados en negar su crimen, donde faltaban las pruebas de testigos.

La discusion se prolongó acerca de esta materia hasta despues de haberse levantado de la mesa. Por fin, Luchino, llevándose á un rincon al capitan, le confió el cuidado de dirigir el proceso, y concluyó diciendo:

—Los Pusterla son opulentos señores: el tesoro recom-pensará magníficamente á sus fieles servidores.

Esto era meter espuelas á un buen caballo, y desde aquel momento, Lucio solo pensó en urdir su trama.

Un escritor moderno ha dicho:

«Dadme dos líneas de un hombre de bien, y yo probaré que merece ser ahorcado.»

Júzguese lo que seria, lo que debia de ser en aquellos tiempos en que no habia freno que contuviera las malas pasiones del príncipe y la venalidad de los jueces, y en donde la tortura por otra parte podia ser empleada siempre para arrancar al acusado la verdad ó lo que se podia tomar como su expresion.

Además de la asamblea general, en quien residia la autoridad suprema, habia en Milan un consejo particular compuesto de 24 ciudadanos, doce plebeyos y doce nobles, los unos *juris periti*, es decir letrados y maestros de la ciencia legal; los otros *morum periti*, es decir, prácticos conocedores de los usos y costumbres.

Dos meses conservaban su oficio, llamándose sociedad de justicia; y ellos eran los que entendian en el conocimiento de los delitos de lesa-majestad. Un juez, elegido entre los extranjeros, era su presidente.

Lucio era el juez presidente ó capitan.

Trabajó este para formar su consejo con gente dócil, que secundara sus miras, mas bien por una disposicion natural de su espíritu y por el influjo de sus preocupaciones, que por un pacto abyecto que los hubiera vendido á precio de oro á su señor. Sabia tambien que ventajas ofrece la acusacion en tales procesos, y que quien sale de ella sano y salvo, es un prodigio de inocencia.

¿No tenia luego á la mano las torturas solemnes y ostensibles de la cuerda y el caballete, ó las hipócritas que se ocultan en la oscuridad de las mazmorras, donde se atormenta al prisionero grado por grado, gota por gota?

De esta suerte, despues de haber examinado y pesado todas las circunstancias de un proceso de Estado, en que acusadores, testigos y jueces desean complacer al príncipe, vió que todo le era favorable, y se dijo á sí mismo:

«Descansa, corazon; un hermoso palacio, un rico dominio y la confianza de mi señor, son bienes que no pueden faltarne.»

Pero para estar mas seguro del cumplimiento de sus proyectos, el capitan comenzó por enjuiciar á Franzino Malcolzato, el servidor de Pusterla, famoso por su humor querrelloso y sus homicidios.

Apenas se vió este hombre colocado entre la tortura, la horca, ó á lo ménos la prision perpetua por un lado, y por el otro, la promesa de la impunidad si confesaba su culpa y descubria las que se le imputaban á su

señor, no vaciló en la elección, y Lucio triunfó.

Malcolzato obedeció pues á las sugerencias del capitán de justicia y dijo que había oído formar el plan de una conjuración; que habitualmente se hablaba con desprecio del príncipe y de sus actos: que se tenían esperanzas de cambios próximos, de mejor porvenir, que su señor había tenido en Verona frecuentes y secretas conferencias con el señor Mastino della Scala y Mateo Visconti; que había recibido en aquella ciudad á Alpinolo, enviado por los conjurados milaneses, y que había vuelto en seguida á Milan con este paje, blasfemando á menudo en el camino contra el señor Luchino: que había armas en el palacio de los Pusterla; que cierta noche había introducido él á los amigos más fieles de su amo, y que bajo juramento, muerte, incendio y pillaje se había preparado todo.

Así prosiguió, refiriendo cosas tan absurdas y tan contradictorias, que hubiera sido menester encerrarlo en una casa de locos, ó bien condenarlo y castigarlo como impostor.

No faltaron en el consejo de justicia gentes que hicieron observar la inconsecuencia de semejantes deposiciones. Pero Lucio dijo que, para apagar las sediciones, era preciso poner el pie en las primeras chispas, y que si la paz común exigía alguna víctima, valía más descargar el golpe sobre aquel perillan, que poner en peligro tantas cabezas ilustres.

Es verdad que la justicia no debía hacer acepción de personas, ¿pero cuántas otras cosas no debería hacer?

El corto número de contradictores, viendo prevalecer la opinión de la mayoría, desconfiaba de su propio sentimiento, y temía engañarse. El respeto del poder está tan profundamente arraigado en el mayor número, que sin apercibirse de ello, mezclaban en sus juicios el pensamiento de honores probables, de recompensas y de participación en la autoridad; en fin, se reflexionaba que al cabo no se trataba más que de un bandido, que de ninguna manera podía prestar un servicio á la sociedad.

¡Pero ay del hombre que transige una vez con la austeridad de su conciencia! Si es un particular, se hará injusto, si un magistrado un seydé; si príncipe un tirano.

Bronzino Caimo no pudo soportar semejante procedimiento; y este esforzado juriscónsulto osó en plena asamblea demostrar su atrocidad á sus cólegas.

Lucio (los malvados se engañan á veces) no había vacilado en ponerlo en la lista de los jueces. Aunque no disimulara la aversión que le inspiraban las violencias de Luchino, los enemigos del príncipe no habían mostrado nunca hacer mucho caso de él, porque se declaraba siempre contra las oposiciones ilegales y las mejoras obtenidas por la espada. De suerte que solía decirse que pensaba enmendar los abusos con el misal y agua bendita. Pero el agua bendita y el misal le inspiraban repugnancia profunda á todo fraude, y valor para defender la verdad. Con tanta fuerza habló contra el proceso, que el andamio, tan penosamente levantado por Lucio, iba á venir al suelo, si por de pronto no se castigaba al que se había atrevido á tener razón.

En un secreto interrogatorio, llegó Lucio á hacer confesar á Malcolzato, que Bronzino Caimo era uno de los conjurados, y aun el más temible, porque era el más razonable. En el momento en que este hombre generoso se preparaba á no permitir que la justicia fuese violada sin protesta, él mismo se vió llevado á una prisión, y después ante los mismos jueces á quienes su ejemplo debía servir de lección de servilismo.

Nadie se atrevió á levantar la voz, y las declaraciones de Malcolzato pasaron por verídicas. Luego, bajo el pretexto de que no había querido decir cuanto sabía, se le rehusó la impunidad prometida.

Condenado á muerte, lo ahorcaron en seguida como agente y cómplice de Pusterla. El pueblo acudía á este espectáculo y decía:

« ¡Bien hecho! era un pícaro espadachín, y debía concluir de esa manera: « ¡Vivan nuestros señores que purgan al mundo de semejante canalla! »

¡Pero de que suerte se encadenan las injusticias! Después de este suplicio, el pueblo convino en que existía una conspiración, que Pusterla era su jefe, que lo secundaban las personas que se habían nombrado, y otras muchas que no habían podido ser descubiertas.

El proceso de los otros acusados se podía instruir fundándolo en un hecho ya innegable, siempre en virtud de la cosa juzgada, y no le quedaba á Lucio más que hacer sino mostrar que eran culpables del crimen que se les imputaba.

La conclusión de todo esto fué que acabados los debates de la sociedad de la justicia, los pregoneros recorrieron la ciudad, se pararon en los parajes más públicos, y á son de trompeta, invitaron á los jefes de familias á reunirse á las doce de cierto día para formar la asamblea general.

En esta asamblea general como ya lo hemos dicho, residía el poder supremo. Digo que residía la autoridad soberana de derecho; porque en la práctica, se creía que después de haber nombrado al príncipe, los ciudadanos habían espontáneamente descargado sobre los hombros del elegido el peso de la soberanía, que á decir verdad nunca pareció á este muy penoso de soportar.

Este era uno de los casos raros en que el príncipe quería salvar su responsabilidad; era menester, con efecto, que la sombra del voto público sancionase uno de los actos de su tiranía. Visconti no abrigaba ningún temor acerca de la decisión de la asamblea; él sabía

por experiencia que el voto de la multitud así reunida es el voto de unos cuantos intrigantes, que la engañan; por otra parte, como no veía con buen ojo esas apariencias republicanas que sobrevivían en el seno de la monarquía, Luchino se complacía en desacreditar esas asambleas asociándolas á sus crímenes.

Así pues, cuando los ciudadanos se hubieron reunido, la sociedad de justicia compareció, y el capitán subiendo á la *parlera*, expuso la conjuración, nombró á los culpables, y publicó los proyectos de sentencias, tanto contra los prisioneros como contra los fugitivos. Estos últimos no eran pocos. Todos los que sabían que no agradaban á Visconti, aunque no hubieran tomado parte en la supuesta conjuración, huyeron, temiendo que Luchino aprovechara la coyuntura que se le ofrecía para justificar aparentemente el rigor.

Después de leer el proceso, es decir, de los extractos que Lucio había escogido, la culpabilidad de los acusados apareció tan enorme y evidente, que los nueve cientos padres de familia, que votaban secretamente con piedrecillas blancas y rojas, votaron unánimes la condenación, exceptuando una docena que, ó se habían equivocado, ó no habían comprendido la voluntad serenísima.

A los fugitivos se les privó de su nobleza y se les confiscaron los bienes. Delante de una Madona que coronaba la puerta Romana, se encendieron dos antorchas, y se intimó al bello Galeas y á Barnabé que salieran de la ciudad antes de que se consumiera la cera.

Después que partieron, se publicó un rescripto que los declaró desterrados del Estado como sospechosos en su fe, violadores de la paz, perjuros detestables; además se declaró que no podían contraer matrimonio, ni ser enterrados en lugar sagrado.

Muy bien se sabe como volvieron, y trataron al país lo peor que pudieron. Ellos fueron sepultados en la iglesia y dejaron una posteridad que no valía más que sus antepasados.

Los más desgraciados fueron los prendidos. Martino y Pinalla Aliprandi, encerrados en calabozos pretorianos pudieron oír por un postigo la sentencia que los condenaba á morir de hambre. Al día siguiente, vieron á Boro da Castelletto, Beltramolo Amico y al incorruptible juez Bronzino Caimo, decapitados en la plaza. Ellos los vieron, y cuanto debieron envidiar su suerte, que los condenaba á muerte pronta, mientras que ellos debían verla venir á paso lento, en medio de las atroces torturas de la abstinencia que se les imponía!

Todos los años se repartía una contribución extraordinaria, llamada el *florin de oro*, tan onerosa para el pueblo como para la nobleza. En la mañana de la ejecución, Luchino mandó pregonar que la perdonaba, y que no la volvería á cobrar sino en el caso de invasión de enemigos.

Esto bastó y aun sobró para que el pueblo milanés olvidase la sangre derramada, y aun corriera al lugar del suplicio para asistir á la ejecución de la justicia de su generoso señor. De ese modo se parece tanto el pueblo á los niños, para quien todo es diversion; que contemplan riéndose el paño extendido sobre el ataúd de su padre, y que admiran la belleza de los cirios encendidos para los funerales de su madre.

Los jueces, al dejar el puesto, tuvieron la satisfacción de haber trabajado por la conservación del orden, y de haber descubierto y castigado los traidores á la patria.

El capitán Lucio tuvo una satisfacción mucho mayor, una carta de Luchino le señaló por residencia el palacio de los Pusterla en la *Balla*, y le concedió el usufructo del delicioso dominio de Montebello, sin perjuicio de concederle su propiedad cuando se decidiera definitivamente acerca de la suerte de Pusterla y de su familia.

### Historia de la toma de Bomar-Sund.

En el *Monitor* del 31 de agosto último se publicaron los partes oficiales del general comandante en jefe del cuerpo expedicionario del Báltico, del general comandante de ingenieros, y del vice-almirante Parseval Deschernes, comandante en jefe de la escuadra del Báltico, sobre la toma de aquella fortaleza. Para la debida explicación de los dibujos que acompañan, transcribimos á continuación el primero de esos documentos que encierra en sí toda la historia.

Bomar-Sund 21 de agosto de 1854.

Señor mariscal:

Las tropas del cuerpo expedicionario, embarcadas en Calais en los días 16 de junio y siguientes, debían reunirse en la parte Norte de la isla de Gothland. La presencia de todas las fuerzas navales en la bahía de Ledsund, situada á la extremidad meridional de la isla de Aland, hacía difícil ocultar al enemigo el objeto que nos proponíamos; pero también es menester convenir en que estas disposiciones tenían la ventaja de interceptar toda comunicación entre Aland y Abo, y privaban á la plaza de los auxilios que, no siendo así, habría podido recibir de Finlandia.

A Ledsund se dirigió igualmente el general en jefe, prevenido de la reunión de las escuadras por los almirantes, con quienes, para entenderse acerca del objeto de la operación, había tenido una entrevista. Pero no todos los buques de transporte habían podido marchar con la misma celeridad. El *Saint Louis*, el *Tilsit* y al-

gunas fragatas cargadas del material del ejército y del personal de ingenieros se habían visto obligadas á quedarse atrás. Estos buques se incorporaron el día 6 de agosto. En el mismo día y en el siguiente, todos los barcos cargados de tropas subieron á la bahía de Lumpar, al Norte de la cual está situada la fortaleza de Bomar-Sund.

Algunos días antes, y de concierto ya con los almirantes Napier y Parseval, reconoció el general en jefe los puntos más favorables para el desembarco.

La aglomeración de la escuadra en la bahía de Lumpar hacía muy difícil que acerca de nuestros planes pudiesemos engañar al enemigo; pero no indicaba á este punto fijo de la costa en donde queríamos desembarcar, y podía inspirarle vivos temores con respecto á la retirada de las tropas que á nuestro encuentro mandase él.

La isla de Aland está cortada, en la dirección Norte y Sur por brazos de mar que se entran en las tierras, y á los cuales van á parar una multitud de lagos, que unidos entre sí por arroyos que les dan salida, permiten aislar completamente algunos puntos de la isla. Bomar-Sund, fortaleza situada á orillas del mar, tiene detrás uno de estos brazos de mar y dos lagos que defienden sus aproches. A este primer recinto ó defensa natural, se halla unido otro de mayor radio, que arranca de Castelhom, va á Siby y está enlazado con el mar por medio de una lengua de tierra de corta extensión y fácil de guardar.

No sabiendo si la población de la isla nos sería hostil, y queriendo, ya que no otra cosa, reconcentrar cuanto fuese posible las hostilidades en un perímetro que siempre pudiesemos conservar, é impedir al mismo tiempo que del resto de la isla recibiese la plaza auxilios ó refuerzos, dispuso el general en jefe guardar los tres puntos de Castelhom, Sounbou y Siby, que nos ponían en comunicación con el resto de la isla.

Para distraer la atención del enemigo, había también, de concierto con los almirantes, determinado tres puntos de desembarco.

El primero, situado al Norte, á la altura de Halta, debía ser ocupado por el general Harry-Jones, el cual llevaba á sus órdenes 900 hombres de tropas inglesas y 2000 de infantería de marina francesa.

El segundo sobre la vertiente oriental de la montaña, al Sur de la bahía de Tranvik.

El tercero al S. O. de esta misma montaña.

Desembarcado en Halta, debía el general Harry Jones dirigirse sobre el fuerte de Bomar-Sund y ocupar con 2,000 hombres la lengua de tierra entre Siby y el mar, asegurando de esta manera sus espaldas y cerrando el paso á las partidas que de la plaza intentasen salir. Con esto, y con acercarse al lago de Perness, se ponía en comunicación con las tropas francesas que desde Tranvik obligaban al enemigo á meterse en el fuerte.

Al Este de Tranvik desembarcó el 12.º batallón de cazadores de á pie, el cual inmediatamente ocupó las alturas situadas al Norte y al Sur del pueblo, así como el cruce de los caminos que desde el mismo punto conducen á la comunicación postal de Castelhom á Bomar-Sund.

El 2.º regimiento de infantería ligera sostuvo al 12.º batallón de cazadores.

El 3.º de línea, desembarcado en la bahía de Tranvik, recibió orden de subir hácia este pueblo y de dirigirse todo él al punto de intersección de los dos caminos arriba indicados.

El 48.º debía ocupar definitivamente los puntos conquistados por el 12.º batallón de cazadores y el segundo ligero, y destinados á servir de campo atrincherado para proteger al desembarco de todo el personal y el material de artillería, ingenieros y administración militar.

El 51, que desembarcó al S. O. de la misma montaña, debía caer sobre el cruce de los caminos, coger al enemigo por la espalda, si es que en la altura del Sur presentaba resistencia, y dirigirse rápidamente por la carretera postal hasta delante de Castelhom.

En tierra ya, y dueños de los puntos que les estaban señalados, debían todas las tropas ponerse en marcha al mando del general en jefe, dirigirse á Nora y Sodra-Finby, apoyando su derecha sobre la orilla del mar, y llegadas á este último punto, ponerse inmediatamente en comunicación con el general Harry-Jones.

Estas disposiciones, tomadas el 7 y comunicadas en el mismo día á los oficiales generales y superiores, fueron ejecutadas el 8, en tanto al menos en cuanto lo permitían el terreno, cuyas dificultades aumentaba la destrucción de los puentes, y el estado de los caminos cubiertos de árboles y de destrozos.

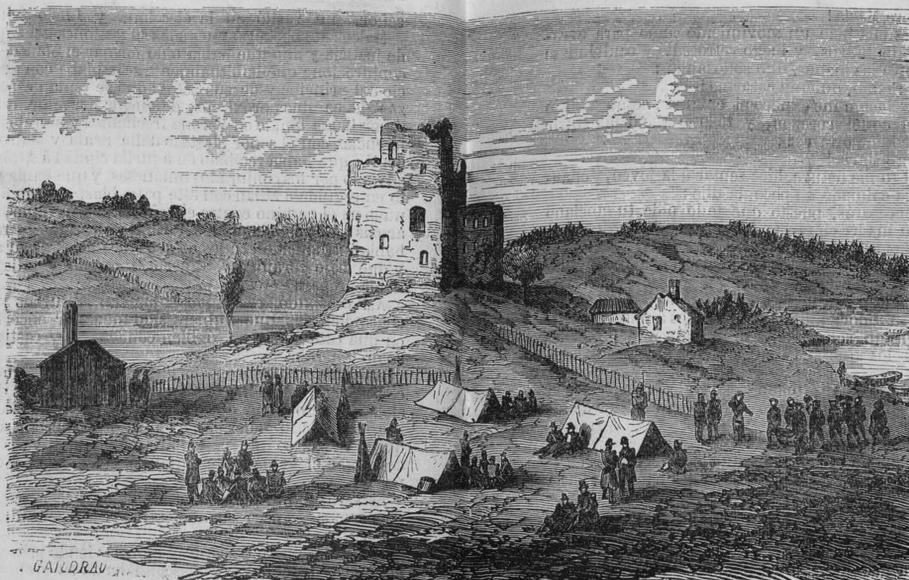
A las tres de la mañana bajaron las tropas á tierra, y á las nueve estaban ya ocupando las primeras posiciones indicadas. A eso de las once se dirigían el 3.º de línea y el 51 hácia la carretera de posta por dos caminos diferentes, y por último, después de muchos trabajos y fatigas, quedó practicable para la artillería la carretera de Tranvik á Nora Finby. Todos los cuerpos, excepto el 48, se adelantaron entónces, se acercaron á la plaza y le pusieron sitio.

El enemigo había preparado baterías y reductos que el fuego de la marina le hizo luego abandonar.

La playa de Tranvik estaba demasiado distante, y nuestros medios de transporte eran insuficientes para permitirnos dejar allí nuestros parques y nuestras provisiones de todo género. En un punto, pues, mas inmediato al campamento, que reconocimos nosotros, se apresuraron los marinos franceses é ingleses á establecer nuevos desembarcaderos.



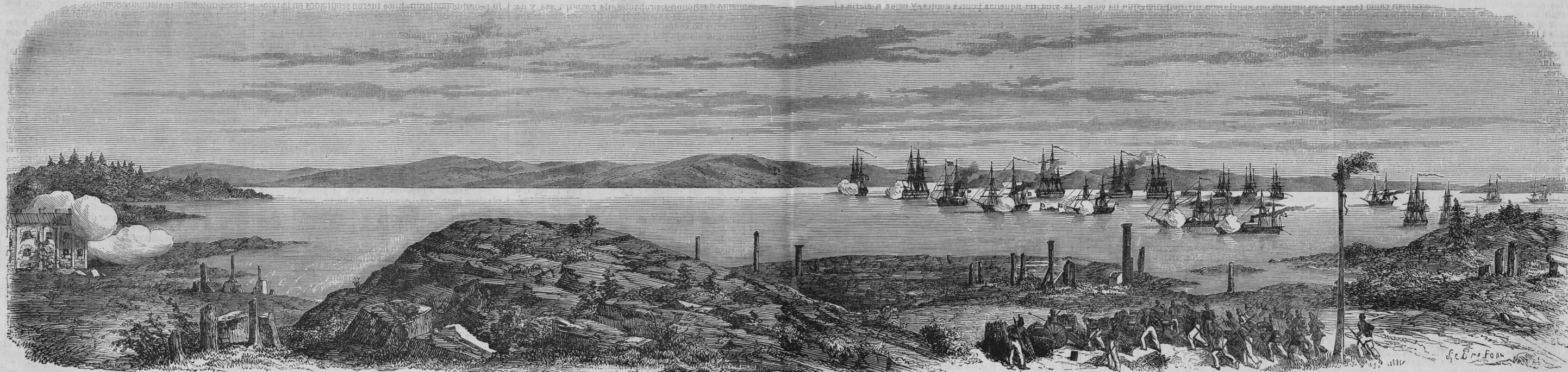
Torre del Norte, en Bomar-Sund, tomada por los ingleses el 15 de agosto.



Campo de Castelhom, ocupado por el 31 de línea y abastecido por la tripulación del *Infleible*.



Explosion de la torre del Sur, en Bomar-Sund.



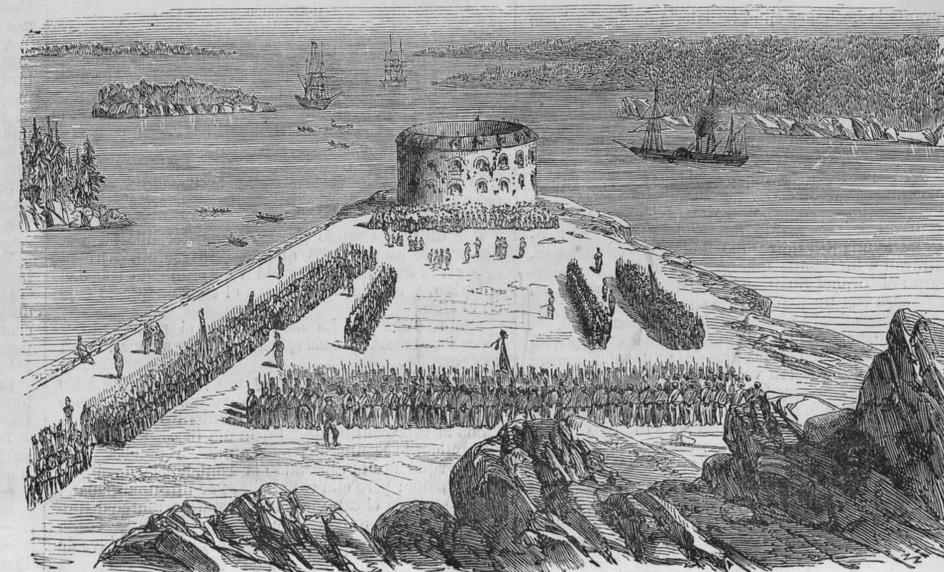
Bombardeo del fuerte de Bomar-Sund.



Tamo de posesion del fuerte de Bomar-Sund, por el almirante Parseval-Deschenes.



Astucia de guerra empleada por los rusos para disimular sus buques en las islas.



Recibimiento de la guarnicion prisionera del fuerte de Presto.

De guardarnos bien las espaldas se encargaron unas compañías cuyo número se aumentó despues.

Desde el día que siguió al de nuestra llegada delante de la plaza, se pusieron los ingenieros á hacer faginas y gabiones.

El general Niel y el teniente coronel de artillería Rochebonet, reconocieron los puntos donde debían ser colocadas las primeras baterías. El general Harry-Jones se reforzó con 500 hombres sacados de la infantería de marina francesa, y reconoció también el sitio de una batería que, de concierto con la nuestra, debía tirar contra la torre de Sur.

Al día siguiente el coronel Ducrot, del 3.º de línea, que cuando se empezó á formalizar el sitio de la plaza se encontraba en el punto más avanzado y conocía ya las localidades, se encargó también de ocupar estas posiciones con su regimiento. El enemigo, durante todo el día, anduvo á tiros con nuestras avanzadas y nos envió varias balas de cañón y granadas que no nos hicieron gran daño.

En la noche del 12 se abrió la trinchera por medio de sacos de tierra, y esta operación, tan delicada siempre, nos costó doce hombres muertos ó heridos. De los primeros fué desgraciadamente uno el teniente Nolle, del 12.º batallón de cazadores de á pié. Cubiertos por el fuego de la torre, nuestros tiradores contestaron á él con tanta precisión, que muy pronto tuvieron los hombres salidos de la plaza que volverse á buscar refugio en ella.

El 13 á las tres de la mañana, empezó á hacer fuego una batería de cuatro piezas de á 16 y de cuatro morteros que se armó durante la noche. Al principio, y hasta las doce del día, la torre conservó ventaja sobre nosotros; pero desde aquella hora amainó su fuego, dejando ver las aspilleras casi destruidas y desunidos los paramentos. En los tejados habían caído también muchas bombas, y todo, en una palabra, permitía esperar que al día siguiente pudiese darse el asalto, cuando á las siete de la tarde enarboló la torre bandera blanca.

A pesar de esto, despues de una suspensión de una hora, durante la cual no pudieron avenirse los negociadores, volvió á empezar el fuego. Pero muy pronto cedieron estos últimos esfuerzos del enemigo á la precisión de nuestros tiros. La torre calló otra vez, y á la mañana siguiente dos oficiales franceses, los señores Gigot, subteniente del 12.º batallón de cazadores de á pié, y Gibon subteniente de cazadores del regimiento núm. 51, á la cabeza de unos cuantos hombres determinados, penetraron en el recinto de la plaza. El comandante ruso que acudió á repeler este ataque imprevisto quedó herido de dos bayonetazos, y 32 rusos, que no pudieron escaparse, fueron conducidos prisioneros al cuartel general.

La rendición de esta torre nos dejó concebir la esperanza de someter la fortaleza, sin que este nuevo triunfo costase demasiado caro á nuestras tropas.

Desde aquel mismo día nos fuimos acercando por la derecha y poniendo en disposición de hacer funcionar el día siguiente una batería compuesta de cuatro morteros y de dos obuses de veintidos centímetros. Interin se levantaba esta batería, reconocían los ingenieros el punto donde debía colocarse la de brecha.

El 14 de agosto, á las 8 de la mañana, nuestra batería de morteros y de obuses arrojó en la plaza multitud de proyectiles huecos, en tanto que la escuadra, anclada no lejos de allí, enviaba también sobre Bomar-Sund el fuego de cuatro de sus buques. Por la noche apenas contestaba ya el fuerte; su fuego, sin embargo, no llegó á apagarse del todo.

El 15 á las 8 de la mañana, el general Harry-Jones que, no habiendo podido concurrir con su artillería á la toma de la torre del Sur, había dirigido sus esfuerzos contra la del Norte, empezó sobre este punto un fuego vivísimo y á cosa de las cuatro de la tarde tenía abierta una gran brecha en la torre, que aquella misma noche capituló.

Durante la noche, se situó la batería de brecha á 380 metros del cuerpo de la plaza, y sus defensores se estaban preparando á armarla en la noche siguiente con piezas de 30, prestadas por la marina.

El enemigo al vernos encima, nos lanzó bombas y metralla que hirieron 14 hombres. No por eso, sin embargo, disminuyó nuestro fuego, el cual era nuestro ánimo continuar hasta el momento en que hubiese empezado á funcionar la batería de brecha, cuando á las doce del día, el enemigo, aterrado de los estragos causados por nuestra artillería, y persuadido de que era inútil toda resistencia, enarboló bandera blanca. El coronel Gouyon, jefe de estado mayor del ejército de tierra, y los ayudantes de campo de los dos almirantes, penetraron á un tiempo mismo en el fuerte. Tras ellos entraron el coronel Suau, del 2.º ligero que estaba en la trinchera con un batallón de su regimiento y algunas compañías del 12.º batallón de cazadores de pié.

A consecuencia de la rendición de la plaza promovióse un grave desorden en las filas de la guarnición rusa; los más irritados querían volar el fuerte; pero la actitud enérgica de nuestras tropas les impuso respeto, y el orden se restableció. La guarnición, hecha prisionera, desfilaron delante de las tropas francesas ó inglesas reunidas, y en aquella tarde fué embarcada.

La plaza de Bomar-Sund con las tres torres que le sirven de puestos avanzados contenía una guarnición de 2.400 hombres; estaba armada con 180 piezas de artillería, y copiosamente provista de víveres y municiones.

La intención del emperador de Rusia con respecto á

Bomar-Sund, era hacer allí para sus ejércitos de tierra y de mar un inmenso campo atrincherado, cuyo acceso presentase grandes obstáculos, y cuyas fortalezas fuesen una amenaza constante para las naciones situadas á orillas del mar Báltico.

Rusia, desde que de las islas de Aland tomó posesión, no ha cesado de trabajar por aumentar las fortificaciones de Bomar-Sund; y si por lo que existe ó lo que se estaba ejecutando, se juzgan los proyectos de esta Potencia, hay que colegir que Bomar-Sund estaba destinado á ser la centinela avanzada y el puerto principal de Rusia en el Báltico.

La destrucción de Bomar-Sund será una pérdida considerable para Rusia, no menos bajo el punto de vista material, que bajo el punto de vista moral. En ocho días hemos destruido nosotros el prestigio de esas murallas de granito contra las cuales era fama que nada podían las balas de cañón ni las granadas. Ahora sabemos, sin que en esto quepa duda, que nada hay en estas fortificaciones tan hermosas y tan amenazadoras, que esté al abrigo de un fuego bien dirigido.

Este resultado, señor mariscal, se ha debido á la inteligencia, al denuedo y á la abnegación de los oficiales y soldados del cuerpo expedicionario y de las escuadras aliadas. Todos se han portado bien, y ni los peligros, ni las fatigas, ni las privaciones han entrado en cuenta para nada en el ánimo de los soldados franceses que á tanta gloria tengo el mandar.

Pero por más que las tropas del cuerpo expedicionario hayan correspondido á lo que de ellas esperaba Francia, y justificada la confianza que en ellas puso el Emperador, servios, señor mariscal, llamar la benevolencia de S. M. hácia los oficiales, sargentos y soldados que creo dignos de obtener recompensas, y cuya lista os trasmito.

Si despues del general de división Niel, que ha conducido los trabajos del sitio con tanto arrojo como habilidad, y los generales D'Hugues y Gresy, que me han prestado grandes servicios; el teniente coronel Rochebouet, director de artillería, el coronel Gouyon, mi jefe de estado mayor, y el sub-intendente M. le Cauchoix-Feraud, tuviese yo que citar todos los oficiales y soldados dignos en concepto mio de la benevolencia de S. M., mi lista sería demasiado larga, y debo por lo tanto limitar mis pretensiones. Dos mil soldados de infantería de marina á las órdenes del comandante Fieron y dos compañías de artillería mandadas por el jefe de batallón Frebant, nos han prestado un poderoso auxilio.

Réstame, señor mariscal, dar público testimonio del activo y celoso concurso que siempre he encontrado, no solo en la escuadra francesa por el vice-almirante Parseval, sino en la inglesa á las órdenes del vice-almirante Napier. El general Harry-Jones, contribuyendo con sus soldados de marina y sus zapadores al ataque de las torres de Bomar-Sund, nos ha dado una nueva prueba de lo que del valor y de la disciplina de los soldados ingleses es permitido esperar.

Ni un solo momento ha dejado de reinar la mayor cordialidad, no solo entre los oficiales de las dos escuadras y los del cuerpo expedicionario, sino también entre los soldados y los marineros. Todos han rivalizado en ardor para arrostrar peligros, y en constancia para soportar fatigas.

Recibid, señor mariscal, etc.

El general de división comandante en jefe,  
Baraguay d'Hilliers. »

### Toniotto y María.

(TRADUCIDO DE CESARE BALBO.)

(Conclusion.)

En 1814 volvieron nuestros príncipes, y con ellos los restos de lo que se había llamado el ejército francés. Entonces se supo de Toniotto; parece que durante aquella terrible retirada fué del corto número de aquellos que no perdieron ánimo; cuando todos se morían de frío, Toniotto decía que tenía sobre su corazón dos talismanes que le conservarían caliente bajo todas las nieves de la Rusia.

No se sabía con certeza si había llegado á oficial, pero sí que era él el que guiaba siempre á la compañía.

Por último, cuando llegó á aquel terrible puente, fué uno de los primeros que le atravesaron, pero al llegar á la otra orilla se arrojó valerosamente sobre el enemigo, y recibió una bala en el corazón que le dejó en el sitio.

¡Pobre Toniotto! Le adoraban en el regimiento, y todos los piamonteses del ejército se enorgullecían de su compatriota.

Pero yo ignoraba todas las penas de María. Toniotto había muerto hacía tres años, y yo esperaba que poco á poco el tiempo calmaría los sufrimientos de la jóven. Como la veía continuamente, un día llegué á notar que su semblante se alteraba más aun, y repetidas veces me acerqué á ella esperando la confianza de algún nuevo dolor; pero ella se callaba. Por fin, una mañana la encontré en el camino y nos pusimos á marchar juntos: estaba más agitada que nunca.

Al cabo de un rato de silencio, no pude menos de murmurar:

— ¡Pobre María!

Entonces ella hizo un movimiento como para arrojarse en mis brazos, y luego retrocedió y ocultándose la cara entre las manos, dijo sollozando:

— ¡Padre mio, quieren casarme!

Esta revelación me explicó el enigma; comprendí lo que sufría aquel corazón, y todo lo que debía sufrir aun, y exclamé otra vez:

— ¡Pobre María!

Pero luego me detuve, hice sentar á la jóven, y cuando se había calmado un poco, la dije:

— Sí, te casarás, puesto que te lo pide tu anciano padre y tu madre ciega; te piden un apoyo y un consuelo en sus últimos días, y debes resignarte á ese sacrificio. ¡Virtuosa María! así pagarás tu deuda, así cumplirás tu deber en este mundo, y despues, padre, madre, hermanos, y aun tu marido, te ayudarán á reunirte con tu amor, allí donde todos los amores se confunden en un solo amor, universal, inmenso. Dios reserva á los que más sufren sus mejores recompensas.

Yo estrechaba sus manos, ella alzaba sus ojos al cielo, y bien luego su rostro recobró su carácter de serenidad celeste.

Por fin me dijo:

— Ya sabía yo que también me lo aconsejarías.

Nos levantamos, y no volvimos á decir palabra hasta la casa.

Los padres de María se hallaban en la mayor miseria, pues ya no podían trabajar á jornal, y apenas podían cultivar por sí mismos lo poco que tenían. María pasaba muchas noches en vela, pero la pobre jóven no bastaba para cubrir las necesidades de la familia.

Nunca había yo pensado en aquel matrimonio, y habría dado con gusto la mitad de mi pan por asegurar la vida de aquellas pobres gentes, y dejar á María su triste libertad.

Pero yo nada tenía, y por más que cavilaba no había remedio, la única salida era el casamiento de la jóven que, por su parte, también lo conocía.

Entonces, entre todos aquellos que tantas veces habían pedido su mano, eligió á uno que se llamaba Francesco, un jóven, un amigo de infancia, el mejor amigo de Toniotto, que había tenido la suerte de no caer soldado, y había amado siempre á María. Sabía que ella no le amaba, que nunca le amaría, y sin embargo no había querido casarse con otra.

María le confesó claramente porqué se decidía á tomarle por marido; le dijo que no solo no le amaría nunca como á Toniotto, sino que jamás la sería imposible arrancar de su corazón el amor que este le había inspirado; pero que si quería aceptarla como una viuda á quien se permite conservar en su corazón un primer amor perdido, le prometía que le amaría solo entre todos los vivos, y que sería para él una buena esposa.

El jóven, que no esperaba más, se consideró el hombre más dichoso del mundo, y hasta concedió á María que conservara al cuello la cadenita de Toniotto, que ella le ofrecía quitarse para siempre.

Las bodas se celebraron sin ruido: Francesco era rico, y el dinero que había de haber empleado en comidas y fiestas, le gastó, por partes iguales, en embellecer su casa y en hacer en ella un aposento para los dos viejos que se llevó allí el mismo día de su matrimonio, y en limosnas á los pobres; fué una bendición, una fiesta universal, pero pacífica y que en nada se parecía á las fiestas ordinarias de las bodas.

No necesito decirlo bien que se llevaban las dos familias, pues Francesco tenía madre aun; vivían perfectamente juntos, porque todos eran honrados y buenos.

Antes de acabarse el año, la familia se aumentó con un hijo, y todos, por un acuerdo unánime, le dieron el nombre de Toniotto; diez y ocho meses despues vino otro chico.

María había recobrado, no toda su serenidad de otros tiempos, sino una suave alegría que la permitía sonreír de cuando en cuando á su marido y á sus hijos.

A pesar de que tuviera entonces unos veintisiete años, nunca había estado más hermosa; yo la veía por la tarde en medio de aquellos viejos, de sus hijos y de su marido, todos suspensos de su mirada, y entonces me parecía una verdadera madona de Rafael en medio de una santa familia.

Pero semejante estado de tranquilidad no debía durar mucho tiempo.

Una tarde me paseaba yo delante de la casa, leyendo en mi breviario, cuando oí pasos detrás de mí, y una voz conocida gritaba:

— Mi querido maestro.

Y me sentí abrazado y casi levantado del suelo en brazos de Toniotto.

Si hubiera creído en los espíritus malignos, no hay duda que habría pensado que el de Toniotto venía á castigarme por la parte que había tomado en el matrimonio de María; pero preciso fué aceptar la realidad tal cual era.

Consternado y atónito, no pude hacer otra cosa que tomar maquinalmente á Toniotto por el brazo y arrastrarle á mi casa bruscamente.

Toniotto hubo de notar la impresión que me causaba su presencia, y mudando el color me dijo con voz temblorosa:

— ¿Y mi padre?

— Está vivo.

— ¿Y mi hermano?

— También... pero es preciso no asustar al viejo con la alegría...

— ¿Y María?  
— Los dos hermanos de María murieron poco después que se recibió la noticia de vuestra muerte...

— ¿Pero y María?  
— Vive.  
Hubo una pausa que quizá duró dos minutos; yo tuve valor para romper el silencio.

— ¿Cómo es que no habeis podido escribir desde hace seis años?  
— He escrito bien á menudo; mucho temo que no hayais recibido mis primeras cartas, pero en cuanto á las otras, las que os he enviado hace dos años, habeis debido recibirlas.

— No, no, dije yo con desesperacion, nada hemos recibido, y desde hace dos años...

Toniotto me interrumpió diciendo:  
— ¿Con qué me habeis creído muerto desde hace seis años? Me lo temí... y entonces... entonces me venia un pensamiento que ahuyentaba como una inspiración de los infiernos, un pensamiento que debía matarme de dolor. ¡Ah! llegaba alegremente, como si fuera posible, al cabo de diez años de ausencia, el volver á encontrar intacta la felicidad que se habia dejado en casa... ¡Pobre Juan! ¡pobre Felipe! ¡pobre María!

— María, dije yo; esperaba á que me preguntase, pero no pronunció una palabra.

Aun cuando se hubiera tratado de la vida de mi padre, no habria podido acabar mi frase y añadir:

— María ya no os pertenece.  
Por fin prosiguió:

— ¿Y si hubierais recibido mis cartas hace dos años?

— También habrian llegado tarde.  
Y respiré, como libre de un gran peso; alcé los ojos al soldado, y leí en su triste semblante todas sus fatigas, todas sus miserias, todos sus dolores; ¡aun me pareció leer también las que el porvenir le reservaba!

Permaneció silencioso algunos minutos más, y luego dando algunos pasos, frunció las cejas, levantó la cabeza, y dijo:

— Vamos á ver á mi padre, y luego...

Yo le seguí, y juntos nos dirigimos á su casa.

Nada os diré sobre la acogida y los gritos de gozo de su padre y de su hermano, ni de las lágrimas que corrian por el rostro del pobre soldado.

Yo me fui á buscar á Francesco, que se encargó de anunciar la noticia á María; ¿cómo lo hizo? jamás he podido saberlo.

Tres días después, como Francesco me lo habia pedido, llevé una tarde á Toniotto á su casa.

Francesco tenia el aire muy sombrío. María se adelantó con una sonrisa angelical, y tendió la mano á Toniotto, diciéndole:

— ¡Bendito sea el Señor! ¿Quién esperaba, Dios mio, volveros á ver en este mundo? Francesco y yo no teniamos otra esperanza que la de encontraros en el otro.

Las rodillas del soldado temblaban; no tuvo fuerzas para hablar, pero tomó la mano de María y la de Francesco; las puso ambas entre las suyas, y las besó muchas veces juntas.

Luego de repente descubrió en un rincón del cuarto á los dos niños, se lanzó hácia ellos, les dió mil abrazos, y tomó al mayorcito sobre sus rodillas.

El niño se defendía y gritaba; María le llamó para calmarle, gritando:

— ¡Toniotto, Toniotto!

El soldado hizo un movimiento, pues creyó que la madre se dirigía á él; pero adivinando que el niño llevaba su nombre, le estrechó de nuevo en sus brazos, le besó, y luego ocultó su rostro en el pelo rizado del niño para ocultar sus lágrimas que no pudo contener más tiempo.

Por fin, poco á poco, todos recobraron su sangre fría. Francesco sacó la conversacion de las aventuras de Toniotto, y le preguntó cómo habia escapado de la muerte después de aquella terrible herida que, según decian, habia recibido en el corazón cuando el paso del Beresina.

Toniotto contó sencillamente que no habia sido herido en el corazón, que la bala le habia dado en el hombro, y que se habia caído sin sentido, volviendo en sí cuando pasaron los rusos para despojar á los cadáveres; habíanle dejado casi desnudo y tendido en el suelo, cuando acertó á pasar por allí un oficial muy joven que, enternecido de su miseria, le mandó llevar á un hospital, é hizo que le devolvieran, sino todo lo que le habian quitado, al menos sus dos cruces, que después habia llevado siempre consigo.

Al cabo de pocos meses estaba ya curado, y se volvió con una columna de prisioneros por aquel triste camino que habia recorrido ya con el ejército fugitivo para entrar en Moscovia, desde donde le enviaron á los confines de la Siberia. Luego dispersaron la columna, y diseminaron á los prisioneros dándoles apenas algunos reales para vivir mientras tomaban un oficio.

Toniotto, por una gran casualidad, logró entrar al servicio de un señor de aquellas comarcas que le cobró el mayor afecto, y se entristeció sobre manera cuando á principios de 1815 fueron declarados libres los prisioneros.

Pero los desgraciados no habian salido aun de la Siberia cuando hubo contra-orden, de resultas de la última guerra de la Francia, y entonces el amo le buscó, le llevó de nuevo á su casa, y luego temiendo que se le escapara nuevamente, interceptó sus cartas, y tuvo buen cuidado de ocultarle todo lo que pasaba.

Sin embargo, Toniotto concluyó por descubrir este

manejo, y entonces huyó y se dirigió al gobernador de la ciudad vecina.

Aquí el soldado interrumpió su narracion; yo comprendí lo que tenia que decir y el sentimiento que le hizo callarse: por aquella época habia vuelto á escribir, prometiéndose que sus cartas llegarían.

Al cabo de una pausa continuó diciendo:

— El gobernador me entretuvo más de un año dándome diferentes pretextos, y solo me dejó libre hace seis meses. Pero en aquel año de espera gasté lo poco que habia podido reunir en el destierro, y tuve que marcharme á pié atenido al socorro que dan á los prisioneros; mis heridas me martirizaban en extremo, de modo que tuve que pararme muchas veces en el camino, y lo que es peor, á veces me ví precisado á ocultar mis cruces para pedir limosna.

Al decir esto se enterneció de nuevo, y María se conmovió también; yo me levanté, nos despedimos y salimos juntos.

Toniotto no desmintió jamás un solo instante su noble carácter; jamás mostró ni envidia ni desprecio hácia Francesco, y si antes de todo aquello eran amigos, después parecían hermanos; Francesco iba á la plaza á buscar á Toniotto para llevarle á su casa; habria deseado que se quedara en ella todo el día, y aun dejarlo solo, si Toniotto lo hubiera consentido, pero el soldado no iba más que por las tardes, y en presencia de Francesco. Permanecía allí poco tiempo y siempre en brazos con los niños.

María y Toniotto se hablaban con tanta sencillez y naturalidad, que pronto todo el mundo, y Francesco el primero, imaginaron que todo estaba olvidado completamente.

Sin embargo, un día que andaba yo por la montaña, al atravesar un castañar próximo á una viña perteneciente al padre de Toniotto, descubrí de repente al pobre joven que se creia solo en aquel lugar solitario. Estaba sentado con el cayado entre las piernas, las manos cruzadas é inertas, y la cabeza baja. Yo me acerqué á mirarle, pues de ordinario trabajaba ó aparentaba trabajar alegremente.

Un momento me avergoncé, pues me pareció que le habia robado su secreto, y ya iba á retirarme cuando al ruido que hice entre los matorrales, se levantó con presteza, y me llamó diciendo:

— ¡Mi querido maestro!

— ¿Estais cansado, Toniotto?

— Mucho, me respondió; habia olvidado un poco el oficio de labrador con el otro oficio, pero ya me pondré al corriente poco á poco.

Muy contentos nos pusimos ambos con haber dado este giro á la conversacion.

— Pero, dije yo, ya aprendisteis de nuevo ese oficio en la Siberia con aquel amo que fué bien culpable interceptando vuestra correspondencia.

Yo noté, aunque tarde, que sin querer habia tocado el punto que los dos queriamos evitar.

Toniotto nada respondió.

— ¿Hay mucha uva por aquí? le pregunté.

— Sí, me contestó con un suspiro.

Y dejó caer la conversacion; yo habia dado un paso en falso, y pues que ya no habia remedio, me propuse entablar el asunto francamente.

— ¿No sentís haber salido del ejército? le dije.

— Sí, lo siento, me respondió.

— ¿Y no podriais volver á las filas con ventaja?

Toniotto me respondió que ya habia pensado en ello y que se habia informado, pero que habia sabido que no podria entrar más que como simple soldado; que le prometian que pronto le harian sargento y quizá oficial, pero que no tenia valor bastante para principiarlo todo nuevamente.

Si hubiera continuado la guerra, sin duda alguna habria podido ganar sus grados como los habia conquistado la primera vez, pero en tiempo de paz, el oficio de soldado le parecia muy triste. En fin, puesto que Dios le habia llevado al cabo al lado de su padre, estaba decidido á servirle como pudiera, aunque sabia que no lo necesitaba...

Y dicho esto, añadió con acento melancólico:

— Muy triste es para un hombre á los treinta años el ver sumergida en la nada toda su vida pasada; ya no se vuelve á empezar...

Tenia razon, y yo no podia decir que sí, ni podia tampoco contradecirle. Quise retirarme, y me tomó la mano para estrechármela, y después bajamos al pueblo juntos.

Desde aquel día se reunia más conmigo, y teniamos largas conversaciones.

Toniotto carecia de la educacion que dan los libros, pero la experiencia y la vida activa habian ilustrado su entendimiento, y confieso que me agradaba mucho su compañía.

¡Pobre Toniotto! Estos dos pensamientos le mataban: era inútil á su padre, y á treinta años no se empieza de nuevo la vida.

¿Qué hacer? ¿qué aconsejarle? A veces pensaba en el matrimonio, pero no me atrevia á decirselo claramente, y él no me ayudaba. Sin embargo lo intenté con mil rodeos, y en una ocasion que me comprendió se separó de mí secamente y de mal humor, y durante dos semanas no pude verle ni hablarle.

Y todos los días el pobre joven se desmejoraba, perdía su salud, era preciso resolver algo. Sin decir nada me fui á la ciudad, y obtuve para él de un coronel amigo mio un grado de sargento: corría decirselo, pero él me dió gracias con una sonrisa triste, y comprendí que ya no habia vigor ninguno en aquel cuerpo debilitado.

Conocia que debia aceptar la posicion que yo le procuraba, pero faltábale corazón para hacerlo.

Seis meses se pasaron durante los cuales se habia quedado como un esqueleto; ya iba muy pocas veces á casa de María.

Yo envié á un médico para que le viera como por acaso, y el doctor le mandó que no trabajara y que se cuidara mucho.

Pero Toniotto respondió:

— Si me meto en la cama, soy un hombre muerto.

Y acertaba; le dió como un accidente de frío que le obligó á quedarse en casa; entonces se apoderó de él la calentura, y me mandó á llamar para que le ayudara á cumplir con sus deberes. Oí su confesion, ¡alma bendita! y luego me dijo que queria ver á María con Francesco.

— Yo le respondí:

— Pobre mujer, ¿y para qué?

— Teneis razon, repuso, al contrario, impedidla que venga.

A los tres días le dieron la extrema-uncion: hallamos colgando de su cuello una trenza de los cabellos de María.

— Quitádmela, dijo; quizá no habria debido llevarla desde mi vuelta, pero ese pobre recuerdo y el devocionario que me regalasteis me han acompañado siempre, y calentaron mi corazón en Rusia; tomadle, y también mis cruces.

Y me entregó el libro y las cruces que tenia bajo la almohada.

Media hora después perdió conocimiento, y antes de anochecer habia espirado.

María vivió tranquila cuatro años más; hace seis meses la ayudé como á Toniotto en sus últimos momentos; la pobre mártir murió apaciblemente.

### Villanesca.

—  
Cuando sale mi Curra  
Con su vestido nuevo,  
Desempedrando calles  
Un domingo á paseo,

Me parece en lo airosa  
Un místico velero,  
Con el favor en popa  
Surcando en el estrecho.

Bien haya Andalucía,  
Que en su salado seno  
Mas que el Océano nave  
Mantiene tales cuerpos.

Viva el de mi Currilla  
Y su airoso manejo,  
Que en desplegando velas  
Y escota á todo viento,

No le puede dar caza  
Ni un bergantin crucero:  
¡Ojalá á mis rivales,  
Si la persiguen necios,

Bandera de pirata  
Les arbole al momento,  
Y después en mis brazos  
Recale á tomar puerto!

JUAN GALVEZ PEREZ.

### En un álbum.

—  
Triste es la voz del vagaroso viento  
Que suspira las ramas al cruzar!  
Pero aun más dolorido es el lamento  
Del corazón que vive sin amar.

La noche sin estrellas brilladoras,  
Cubierta de su fúnebre crespon,  
Tiene más luz que las menguadas horas  
Del que perdió la fe del corazón.

¡El amor y la fe! ¡Sueños hermosos!  
No abandoneis jamás al trovador,  
Y sus cantos serán tan armoniosos  
Cual la queja de amante ruiseñor.

LUIS VIDART.

Madrid, 1854.

## Sport acuático. — Regatas.

ROYAN. — BAYONA. — LA TESTE. — PARIS. — RUAN. — EL HAVRE. — BREST.

Las regatas anunciadas en Royan con mucho ruido, pusieron en movimiento á las mejores embarcaciones de Burdeos y de los puertos vecinos. La lucha de los barcos de vela ofreció como siempre un atractivo particular, y la de las lanchas pescadoras no fué ménos interesante en atención á que la pesca es una de las principales industrias de Royan. Sin embargo, las carreras á remo han sido lo ménos brillante de las regatas y eso por la eterna rutina que hace que las lanchas pescadoras deban sus buenas calidades al acaso y no á la inteligencia en su construcción; estas embarcaciones solo tienen en su favor las tripulaciones intrépidas,

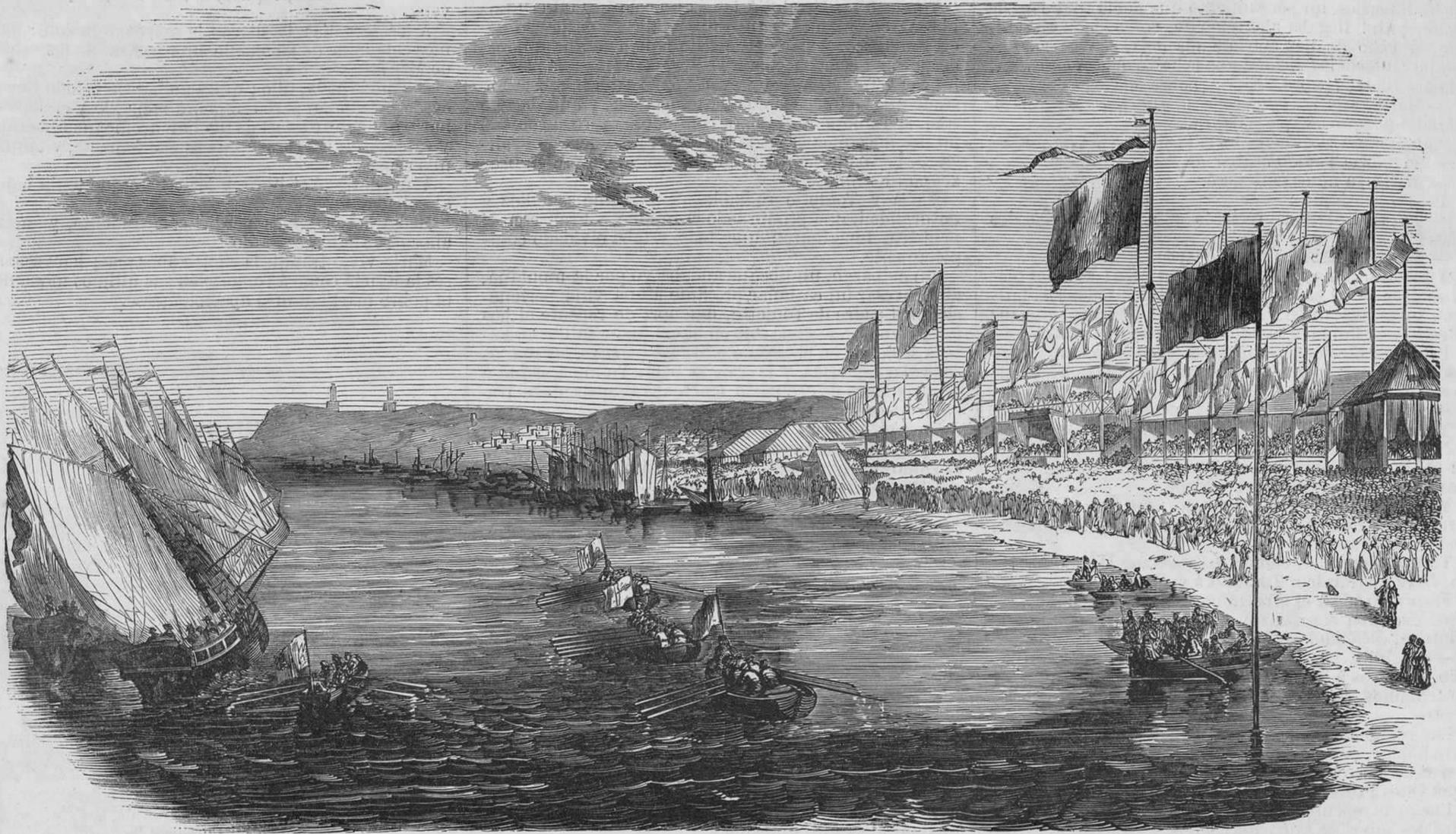
compuestas de hombres acostumbrados al peligro, pero no es bastante, se necesita además una construcción mas esmerada.

Las regatas de Bayona han sido brillantísimas; principiaron por una carrera entre cuatro chalupas; la distancia que se debía recorrer era de cuatro kilómetros. El *Gaston*, con una tripulación de vascongados no tardó en ponerse á la cabeza, y conservó su ventaja hasta la llegada. Una embarcación del Boucau (sin nombre) llegó la segunda, y *Eugenie* y *Coralie* fueron las últimas. Hubo la mayor animación en la carrera, y el capitán vasco Alcayaga merece los mayores elogios; á be-

neficio de sus remos de una longitud bien proporcionada, cuando los de sus rivales eran todos demasiado largos, puso en práctica un excelente sistema de natación.

La carrera de vela que sucedió á la de las chalupas fué también divertida; solo tomaron parte en ella embarcaciones de capricho. El *Armand* y *Camille*, mandado por M. Loste, adelantó, casi desde su salida á sus siete concurrentes, y conservó la ventaja hasta la llegada.

Después vinieron las carreras de botecillos de 4 á 6 remos, y luego tomaron parte en la lucha algunas ca-



Regatas del Havre.

noas pequeñas cuadradas y de fondo llano, como solo se ven en el puerto de Bayona. En resumen las regatas de Bayona han manifestado un progreso laudable en la construcción de las embarcaciones de capricho. Hemos visto allí un crecido número de botecillos, de formas tan graciosas como elegantes, y si su armamento dejaba alguna cosa que desear, debe atribuirse á la falta de marinos experimentados, ocasionada por la guerra actual. Todo hace esperar que gracias al gusto creciente de la juventud de Bayona por los ejercicios náuticos, las regatas de ese puerto podrán rivalizar un día con las mas afamadas.

Si las regatas de la Teste no han presentado el mismo interés, debemos atribuirlo únicamente al carácter privado de esas fiestas. La población marítima de la Teste es demasiado pequeña para dar á esos ejercicios la variedad y animación que tienen en los puertos donde abundan las embarcaciones de todo género.

En cambio las regatas de Paris han sido magníficas:

se habían inscrito 98 embarcaciones, 45 para las carreras de vela y 33 para las carreras á remo. La sociedad de las regatas parisienses que dirigió esta fiesta, ha dado nuevas pruebas de la alta utilidad de su misión. Vamos á dar aquí los resultados de ellas.

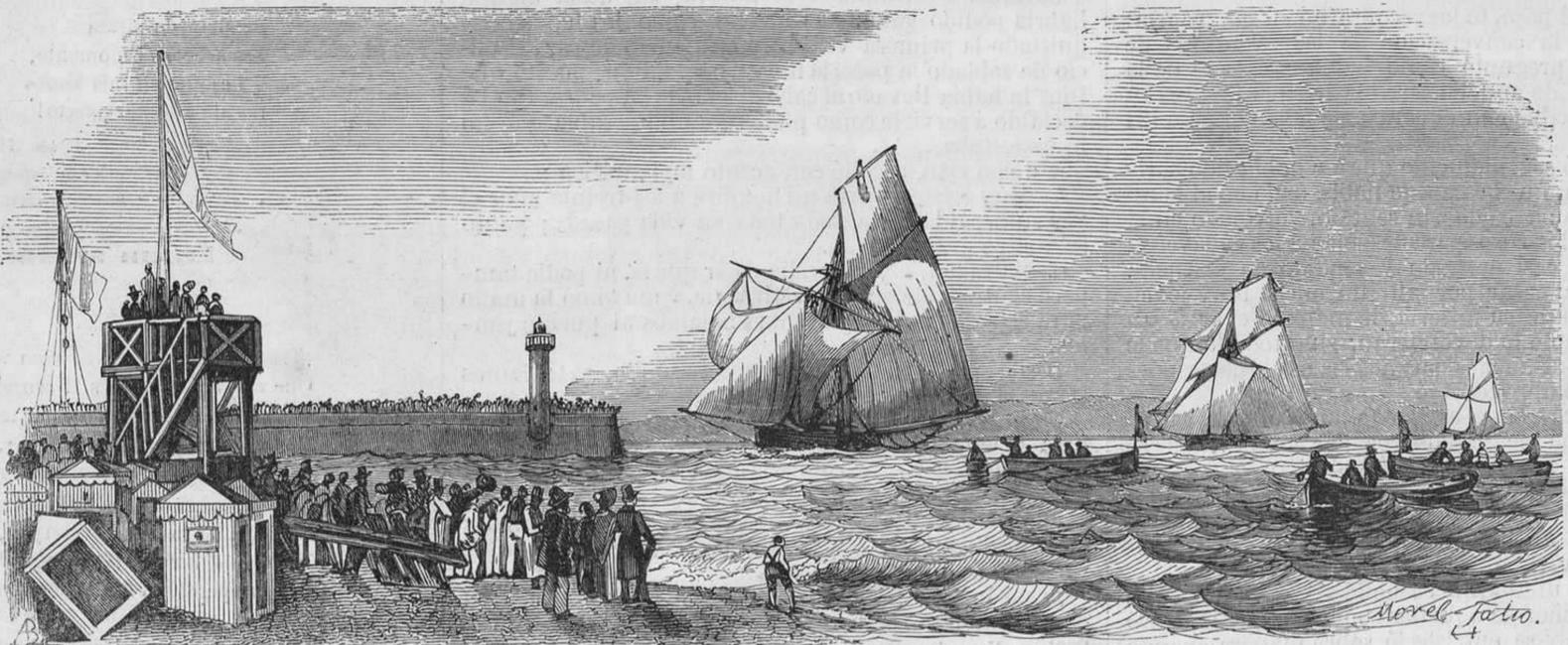
puesto al *Lutin*. — Diez y ocho embarcaciones estaban comprendidas en la segunda serie; llegaron en este orden: el *Temps* que ganó con mucha ventaja; el *Marsouin*, *Saint-Louis*, *Matine*.

Doce embarcaciones corrieron en la tercera serie (ménos de 5 metros 66 cent.) Orden de llegada; primero *S. Bruno*, segundo *Niagara*.

Las carreras á remo se verificaron por las mismas embarcaciones que desde hace tiempo rivalizan en el Sena; orden de llegada de las de 4 remos: — la *Velleda*, el *Lutin*, *Dalila*. — La *Velleda* se puso á la cabeza casi á la salida, y conservó su ventaja hasta el fin.

Carreras de botecillos de 4 á 6 remos: la *Velleda*, *Ariane*, *Etincelle*, *Norma*. La *Juive* es una embarcación de 8 remos construida por Taler, del Havre, que lleva muchos años de servicio. En el Havre y en Dieppe ha ganado premios. — *Ariane*, *Duc de Framboisie*.

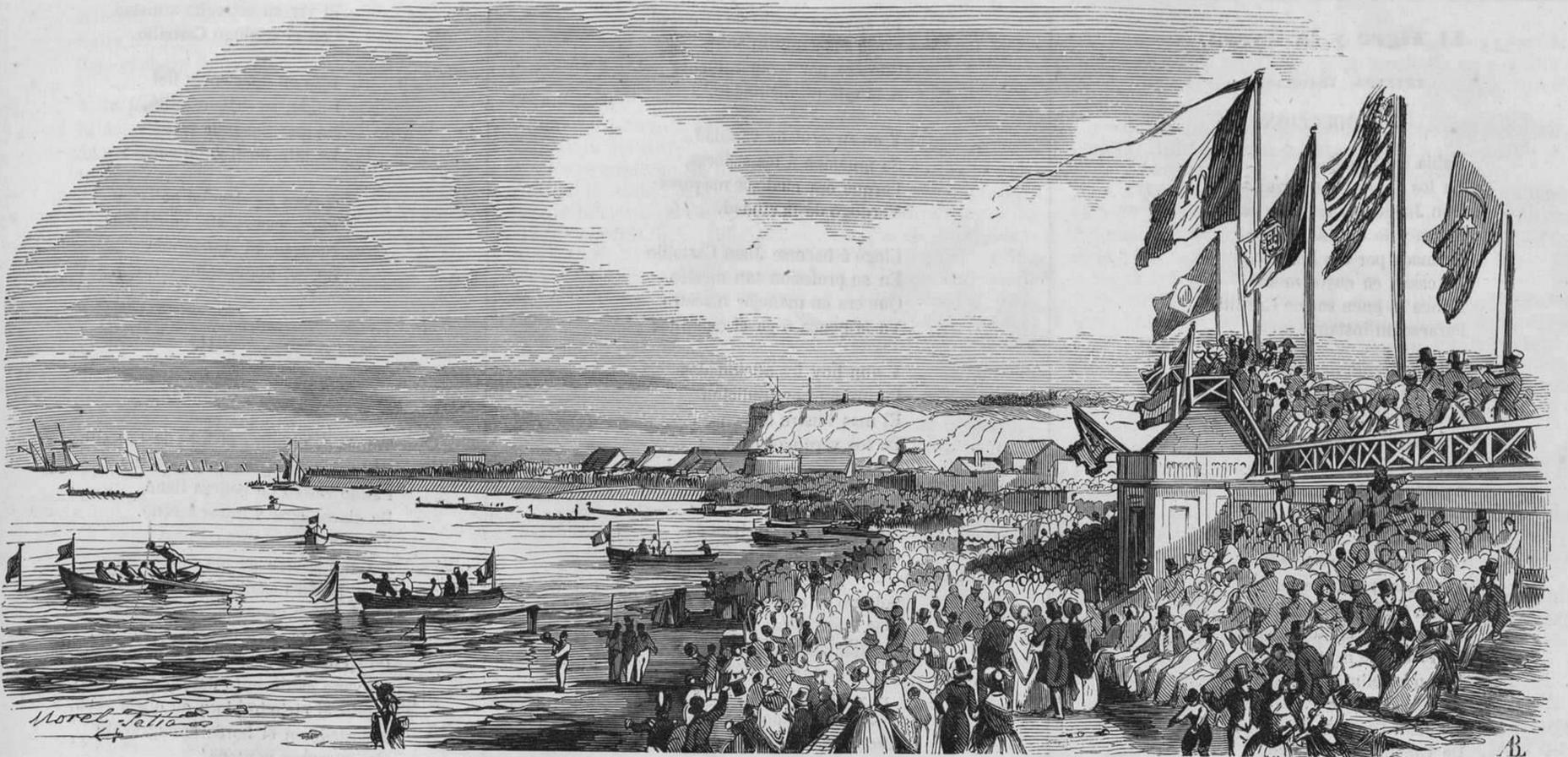
Embarcaciones de un solo hombre: tres embarcaciones inglesas y una de construcción francesa se dispu-



Carrera de las embarcaciones mayores.

Embarcaciones de vela de 1ª serie (6 metros 66 cent. á lo ménos). Primer premio: La *Capricieuse*. — La *Dorade*, el único velero apto para luchar con el otro, perdió su vela desgarrada en un abordaje, y tuvo que abandonar la carrera. El *Pauvre-Diable* seguía de cerca, pero hizo una falsa maniobra, lo que dió el segundo

Novel-fatio.



Carrera de las balleneras.

taron la carrea; primera *Imperiosa*, inglesa; segunda *Gran Muphti*, inglesa; *Bengali*.

En la carrera siguiente, de doce embarcaciones, ganaron, primero *Velleda*, segundo *Dalila*.

Como estamos viendo, la *Velleda* sostuvo su alta reputación en la carrera.

Las regatas de Ruan han ofrecido una lucha de emulación entre los barqueros de esa ciudad y los del Sena. Estos últimos han demostrado en ellas la superioridad de sus embarcaciones y su buen sistema de navegación. La *Dalila*, tripulada por lo más escogido de los barqueros parisienses, se ha llevado el premio de los botes de 4 remos, y la *Capricieuse* estuvo inamitable en su pelea contra el *Albatros* de Ruan, al que sacó una ventaja de 13 minutos en una carrera que duró 50.

Apresurémonos á llegar á las regatas que se verificaron el último domingo en el Havre, con un brillo superior al que tuvieron en los años precedentes.

El total de premios para las embarcaciones de vela se elevaba á la suma de 18,000 francos. El *Montalembert* llegó el primero y se llevó el premio de 800 francos

ofrecido por el príncipe Jerónimo. Los premios 2º, 3º y 4º están en litigio.

En la segunda carrera tomaron parte los botes de servicio á remo.—Orden de llegada: *Imperatrice Eugénie*, *Mistigri*, *Engourdi*. Un camino falso hizo perder al *Saint-Louis* las probabilidades de una buena llegada.

La tercera carrera fué interesante por la presencia de dos buenos veleros del Sena: la *Capricieuse*, la *Dorada*, y otra embarcación también de París la *Willis*. Entre los concurrentes se hallaron la *Jeannette*, la *Poule* y el *Cavaignac*, en el que se tenían muchas esperanzas. Pero este último se adelantó á la señal y quedó excluido del concurso (el *Cavaignac* llegó el primero). Orden de llegada: Primero la *Dorada* de París; segundo *Jeannette*; tercero *Imperatrice Eugénie*. Estas carreras que fueron vivamente disputadas se hallaron favorecidas por un tiempo magnífico.

Tres balleneras tomaron parte en la cuarta carrera á cinco remos. *Caprice* llegó la primera, y la segunda fué el *Prince-Jerôme*.

En la quinta carrera de lanchas pescadoras llegaron

primero el *Camins*, y segundo el *Flambart*.

En la sexta carrera entraron los barquichuelos de pesca de unos 4 metros de largo, con dos ó tres hombres que se ven en las costas de la Mancha.

En la carrera siguiente lucharon *Tic-Tac*, soberbio *gig* inglés, la *Juive*, hermosa embarcación parisiense, enteramente nueva, y *Duc-de-Framboisie*. Cinco embarcaciones más tomaron parte en la carrera; pronto llegó el momento decisivo; *Duc-de-Framboisie* ganó en velocidad, seguido de cerca por la *Juive*, y sacó tal ventaja, que los demás concurrentes renunciaron á la carrera. Orden de llegada: primero *Duc-de-Framboisie*; segundo la *Juive*.

*Duc-de-Framboisie* vencedor en esta primera prueba, se preparó inmediatamente para la carrera de honor de los botes á remo victorioso. Aunque acababa de navegar por espacio de 27 minutos, corrió de nuevo sin descansar, y llegó también el primero; el segundo fué la ballenera de 10 remos perteneciente al príncipe Jerónimo.

F.



Las regatas de Brest

**El Tigre y la Zorra.**

LEYENDA TRADICIONAL

## INTRODUCCION.

Habia en Valladolid  
En los tiempos del segundo  
Don Juan, una estrecha calle  
Negra y de torcido rumbo,  
Formada por dos hileras  
De casas, en cuyos muros  
Nunca el buen sol de Castilla  
Pararse un instante pudo.

A un extremo de esta calle,  
Que con perezoso curso  
Borda el Esqueva, arrastrando  
Por ella su caudal turbio;  
Por dos negros callejones  
Aislada, como anuncio  
De baldon, se levantaba  
Una casa de caducos  
Cimientos, cuyas paredes  
Verdosas, techo negruzco  
Y aun mas el triste silencio  
Que reinaba en torno suyo,  
Heria al que la miraba  
De un indefinible susto.  
En esta casa vivia  
Un Juan Castrillo, verdugo  
De Valladolid, de quien  
Se cuenta era ducho  
En esto de hendir cabezas  
Y cortar cuellos desnudos.  
De este hombre la tradicion  
Refiere un lance, que asunto  
Da hoy á mis versos, y el cual  
Sucedió, si mal no curo,  
El mismo dia en que al noble  
Condestable, aquel robusto  
Guerrero y privado insigne,  
Llevó á cadalso de luto  
La ingratitud soberana  
Del rey Don Juan el segundo.

Lector, por este comienzo  
Visto habrás, sin grande apuro  
De ingenio, que no está hecha  
Mi narracion para el gusto  
De las almas tiernas, que aman  
Solamente lo mas puro  
Del humano sentimiento  
Que rechazan con disgusto  
La salvaje poesía  
De las pasiones del vulgo.  
Si no eres tú de este temple,  
Si lo negro del asunto  
Tu curiosidad excita,  
Sigue á mí leyenda el bulto:  
Si no déjala que en suma  
Yo con avisarte cumplo.

## I.

## LOS DOS COMPADRES.

Era Castrillo un jayan  
De fornida catadura,  
Barba poblada y obscura,  
Resuelto y torvo ademan.

Negros ojos escondidos  
En la sombra de sus cejas,  
Enmarañadás quedejas,  
Y los labios contraídos.

Su mirada escrutadora  
El vulgo medroso huia,  
Porque del tigre tenia  
La vista fascinadora;

Y si una calle al torcer  
Con él de improviso daba,  
El tardo paso alentaba  
Por no atreverse á correr.

Castrillo no se ofendia  
Del terror de aquellas gentes;  
Solo á veces entre dientes  
Un « cobardes » se le oia;  
Pero al ver cual su ademan  
Fiero á la plebe sojuzga  
En Valladolid se juzga  
Mas rey que el mismo Don Juan.

Lo abyecto y ruin de su estado  
No le daba sentimiento,  
Que era por temperamento  
A la sangre aficionado.

Y en su extraña vanidad  
Se igualaba á los señores,  
Porque era cual sus mayores  
Verdugo de la ciudad.

Llegó á hacerse Juan Castrillo  
En su profesion tan diestro  
Que era en manejar maestro  
Ya la penca ó ya el cuchillo;

Y aun hoy los aficionados  
Le juzgan por tradicion  
El mas ilustre blason  
De los verdugos pasados.

Así dando Juan vivia  
A su instinto libre rienda,  
Solo en su negra vivienda  
Que el turbio Esqueva lamia...

Solo no, y aun considero  
Que fuera yerro prolijo  
Ocultar que tenia un hijo  
De su fortuna heredero.

Y como al olmo la vid,  
Con la amistad era honrado  
De un su compadre, llamado  
Garduña en Valladolid.

Y aquí, lector, es razon,  
Pues ya pronuncié su nombre,  
Te diga lo que de este hombre  
Refiere la tradicion,

Dando principio derecho  
A argumento tan ingrato,  
Por hacerte su retrato  
Tal como á mí me le han hecho.

Para obtener su figura  
Forja, lector, en tu mente  
Un sér flaco, transparente,  
De una mediana estatura.

Dale un rostro sin edad,  
Raro el cabello, aunque fino,  
Ojos de azul blanquecino  
Sin luz ni movilidad.

Dale afilada nariz  
Y orna esta faz silenciosa  
De una barba vedijosa  
De indefinible matiz.

Larga y estrecha pezuña,  
Mano que la de un difunto  
Parece; y tal en conjunto  
Es la imágen de Garduña.

Mas que á un vivo se asemeja  
A un cadáver animado;  
Tal vez se ha identificado  
Con los muchos que maneja;

Pues á pesar de su exigua  
Figura advertirte quiero  
Que era el tal, sepulturero  
De la iglesia de la antigua.

Entre las muchas consejas  
Que acerca de este hombrecillo  
Esparce el vulgo sencillo,  
Refieren algunas viejas;

De estas sibilas impuras  
Que inventan á troche y moche;  
Que le han visto en la alta noche  
Profanar las sepulturas.

No admitas tú á la verdad,  
De hechos tales la evidencia;  
Sí que infunde su presencia  
Gran terror en la ciudad;

Que es un agüero cruel  
Su presencia en toda casa,  
Pues diz que por donde pasa,  
Pasa la muerte con él.

Y hasta aumenta del sencillo  
Vulgo la credulidad,

El ver su estrecha amistad  
Con el verdugo Castrillo.

Esta en apariencia fiel  
Union, su origen halló,  
En que Garduña sacó  
De pila un hijo de aquel:

Y para los dos fué hallazgo  
Feliz, pues desde aquel dia  
Nada turbó la armonía  
De tan digno compadrazgo.

## II.

## TOMÁS.

Tomás se nombra el hijo de Castrillo,  
Bello mancebo de gentil persona,  
Pálido rostro de belleza lleno,  
De claros ojos y mirar sereno.  
Verde y florida rama  
De ruin tronco nacida,  
La atmósfera aspirando corrompida  
De su negra mansion, enferma crece  
Su juventud para el placer perdida.  
De su menguada estrella  
En vano con acento dolorido  
Alivio al cielo implora en queja vana,  
Recostado en el borde ennegrecido  
;De su pobre ventana!  
Un destino fatal con férreos lazos  
Al baldon y á la infamia le sujeta,  
Y aunque á su noble corazon no cuadre,  
Al hombre impío decretar le plugo  
Que el hijo de un verdugo  
;Verdugo haya de ser como su padre!  
Siempre que tan horrible certidumbre  
El corazon penetra  
Del mísero Tomás, la inquieta vista  
Dirige al negro y cenagoso rio  
Que con paso tardío  
Triste camina al pié de su ventana,  
Y por influjo de atraccion insana  
Se ve arrastrado hácia su centro frío.  
La tentadora idea  
Su religiosa fe combate y vence;  
Y el encanto al romper que le subyuga,  
De su oprimido pecho,  
;Gemidos lanza en lágrimas deshecho!  
Naturaleza en vano, el cielo mismo,  
Pidé á su corazon que el duelo embarga,  
Filiál amor para el autor menguado  
De su triste existencia; en lucha fiera  
Tomás se agita y á extinguir la llama  
De su fatal encono en vano aspira;  
El que su padre llama  
;Tan solo horror y repulsion le inspira!

¿Quién con tan noble y generoso aliento  
Dotó aquel corazon que en las tinieblas  
Del crimen se nutrió? ¿Qué oculta mano  
Fomentó en el hidalgo pensamiento  
Del mísero Tomás, tan noble instinto?  
;Del cielo es un arcano!  
Así arrastra su vida  
Con afan perdurable  
Oprimido del yugo que le infama,  
Verde y florida rama  
Abortada de un tronco miserable.

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

**El Sepulcro.**

Brillaba desde su cuna  
En noche triste y callada  
Sobre la esfera azulada  
La melancólica luna.

Apénas el cefirillo  
El verde sauce mecía,  
En cuyas ramas dormía  
Descuidado el jilguero.

Del arroyuelo el murmullo  
El silencio no turbaba,  
Ni ya triste resonaba  
De la tórtola el arrullo.

Un sepulcro solitario,  
Mansion do posa la muerte,  
Entre las flores se advierte  
Bajo el ciprés funerario.

Y un jóven, en cuya frente  
El dolor se retrataba,  
Al márgen se lamentaba  
De una cristalina fuente.

Mas luego al sepulcro mira,  
Y con mano dolorosa  
Esta cancion lastimosa  
Hace salir de su lira.

« Despierta ya, hija de amor,  
Y so la tumba callada  
Alza la frente adorada  
Que extasiaba al trovador.

Pero no : goza en el cielo,  
¡ Oh encantadora hermosura!  
De la paz y la dulzura  
Que no gozaste en el suelo.

¡ Angel celeste de amor  
Ante Dios tal vez serás,  
Y los acentos oirás  
De un infeliz amador!

Los instantes lisonjeros  
Con que el amor nos brindaba,  
¡ Infeliz! yo no pensaba  
Que fuesen tan pasajeros.

La cabaña deliciosa  
Donde tus años corrieron,  
Mis tristes ojos la vieron  
Ora triste y silenciosa.

Por siempre se marchitaron  
Aquellas candidas flores  
Que nuestros dulces amores  
Tantas veces presenciaron.

Ya no canta el ruiseñor  
Bajo el techo hospitalario,  
Pues el buho solitario  
Le llena en él de terror.

Huyendo la tempestad  
El avecilla amorosa,  
Sobre el laud ora posa  
Que templaba tu beldad.

En los dias de ventura  
Pensaba solo en quererte,  
Mas envidiosa la muerte  
Me privó de tu hermosura.

Si pudiera con mi llanto  
Reanimarte, Laura mia,  
¡ Con qué placer trocaria  
Por las lágrimas mi canto!

Pero el eco que retumba  
Oirá la vez postrimera  
Esta cancion lastimera  
Que no conmueve la tumba. »

Dijo así, y la triste lira  
Cayó de su mano al suelo,  
Y dirigiéndose al cielo  
Besa el sepulcro y espira.

Vuelve en silencio á quedar  
La campiña solitaria,  
Y en la tumba cineraria  
El buho torna á posar.

R. M. DE B.

## Crónica de Suecia.

1772.

FEDERICO. — ¿ Qué hariais vos en mi lugar?  
GUSTAVO. — Lo que vos haceis, señor.

Tocábase al fin de un sereno día del mes de agosto : el calor, bochornoso siempre en el corto estío de los países septentrionales, disminuía su intensidad á medida que se esparcían las sombras sobre la tierra. Empezaba el viento á refrescar la abrasada atmósfera, y hacia estremecer las hojas de los árboles matizadas ya de púrpura y de oro : postrero y brillante adorno que encubre todavía la decrepitud y la muerte.

En el camino de Carlsrona á Christianstadt, un hombre á caballo con unos veinte caballeros que por respeto le seguían á cierta distancia, detúvose un momento en la cima de una larga subida que rápidamente

acababa de tropezar. Admirable era el paisaje que desde aquel elevado punto se descubría. Extendíanse sobre la izquierda, cual si fuera una larga cintura negra, las sombrías olas del Báltico, donde algunos buques abrian al viento, como aves de mar, sus anchas alas blanquecinas, mientras que sobre su izquierda descendiendo lentamente el sol al horizonte de Escania hacía las aguas del Sund, inundaba el Poniente de deslumbradoras mangas de luz. A la extremidad del camino, y entre la niebla que al caer el día se alza constantemente por cima de aquellas comarcas, distinguíanse las fortificaciones de Christianstadt, en que contaba nuestro viajero hallar reposo y hospitalidad. Reinaba completa quietud en sus contornos; ni el mas leve ruido se percibía en aquellas campiñas tan hermosas y floridas entónces, aunque desnudas y soladas durante la larga estacion de nieves. Triste y majestuoso á la vez era el espectáculo que ofrecía aquel inmenso reino tan pobre de habitantes por su ingrato y estéril suelo, y donde dos hombres nacidos á veinte leguas de distancia quedaban eternamente separados por el desierto.

Así que le alcanzaron sus compañeros, echó su caballo al galope el baron de Rudbek con objeto de llegar ántes que el crepúsculo á las puertas de Christianstadt, de cuyo punto distaba todavía unas tres millas. Cerca ya de la ciudad, mandó á uno de los caballeros que se avanzase para anunciar su llegada al capitán Hellichius, gobernador de la fortaleza. Rudbek, comandante general de Estocolmo, estaba encargado por el comité secreto de ver por sí mismo el estado y espíritu de la provincia de Escania, en la cual se temía con razon una revuelta.

Reunidos se hallaban los Estados desde el 13 de junio del año anterior; pero despedazados con divisiones intestinas, veíanse á cada momento presa de mil facciones que solo miraban su interés propio, ni se ocupaban de otra cosa mas que de mantener su preponderancia sin realizar reforma alguna. La mayoría en las tres clases inferiores de la dieta se habia pasado de los *sombreros á los gorros*, quienes no habian podido olvidar el trágico fin del conde de Horn y sus amigos. Pero despues, con motivo de un cambio producido por la debilidad é irresolucion del difunto rey, así como por falta de sincera condicion, habia abierto el partido de los *sombreros* secretas negociaciones con la corte, oprimida por los *gorros*. En medio de semejante confusion desvaneciéronse las esperanzas de que subiese al trono el príncipe real. La afabilidad de sus modales, su elocuencia, su esmero en oír las quejas de sus súbditos, le habian alcanzado el aprecio y cariño de sus vasallos; pero en el seno de los Estados mil interminables y ociosas discusiones sobre el acta de seguridad que debía jurar el príncipe para mantener en su pureza la Constitución del reino, habia diferido su coronacion hasta el 29 de mayo de 1772; y Gustavo III, cansado de no poder hacer bien alguno en su país, pasaba una vida contemplativa fuera de Estocolmo en los sitios reales de Ekholmsund y Ulrickodal, dejando al partido vencedor que pidiera y lograra la deposicion de los miembros del senado de la faccion opuesta; venganza impolítica que heria de muerte á la nobleza, y reduciéndola á la desesperacion, hacia la mas accesible á cualquiera idea de cambio de gobierno.

Otro mal todavía mayor vino á unirse con estas causas de inquietud y turbacion. Mientras que los miembros de los Estados generales corrompidos y sin poder vivian de los subsidios de la Francia, ó se vendian públicamente á las promesas de los embajadores de Inglaterra y Rusia, sufría el pueblo sin poderse quejar siquiera. La mas espantosa carestía habia arrojado tambien el hambre y la miseria en todo el radio del reino; y fuese imprevision ó cálculo maquiavélico para aumentar el descontentamiento, no se habia hecho en el extranjero mas que unas pocas é insuficientes compras de trigo.

Tal era la situacion de la Suecia quince meses despues de la muerte de Adolfo Federico. La medida estaba en su colmo, y al menor sacudimiento habia de rebotar; pero hubiera peligrado la cabeza del que imprudente se hubiese ofrecido á conjurar el próximo naufragio. Cual todos los gobiernos débiles que al sentir cercano su fin acusan á todo el mundo, excepto á sí mismos, del mal resultado de sus obras, el partido dominante de la dieta imputaba el malestar general á los manejos de sus adversarios, y en vez de operar perdia el tiempo en sus sospechas de fantasmas y complots. Aunque separado de los negocios, inspiraba cierta desconfianza Gustavo, no por sus intenciones manifiestas, sino porque con la sola fuerza de su unidad amalgamase, absorbiéndolas, aquellas fracciones de autoridad disueltas, que en guerra siempre, y sin raices ni cohesion, ejercian cada cual á su vez la mas temible tiranía. Sospechoso era tambien para los Estados el viaje de los dos hermanos del rey, los príncipes Carlos y Federico. Hallábase el uno en Escania esperando que regresase de Prusia la reina viuda, y el otro tomaba las aguas de Métiwy. Pero tan prolongada permanencia en unas provincias cercanas á la capital, encubria quizá el designio de juntar tropas, las cuales en aquella época del año, segun establecia la Constitución, estaban diseminadas en sus hogares, y no podia llamarse á las armas sino por medio de una orden de los Estados generales. El baron Rudbek, sincero amigo de Gustavo, pero al propio tiempo partidario en el alma de la Constitución, habia cumplido ya la mayor parte de su viaje observador en Escania, sin haber notado señal alguna de revuelta, cuando pasaba á Christianstadt, plaza con 4,500 hombres de guarnicion, sin presagiar otra acogi-

da que la que en todas partes acababa de recibir. Sin embargo, no volvía el caballero que de su corta escolta habia destacado. Inquieto de semejante tardanza, siguió adelante Rudbek, y al torcer de una colina que le ocultaba la vista de la ciudad, presentósele corriendo su mensajero.

— Deteneos, gritó el hombre; deteneos por Dios, mi general, que nos van á hacer fuego.

— ¿ Pues qué hay? preguntó Rudbek.

— ¿ Qué hay? repuso el soldado: que la guarnicion está en revuelta, y la plaza entregada á mil quinientos demonios que guardan sus muros con mecha encendida y armas al hombro.

— ¿ Y no quisieron abrirte las puertas?

— No me dieron tiempo de pedírsele, porque dije, que venia en nombre de los Estados, y por respuesta á los gritos de *viva el rey*, me han enviado una descarga de mosqueteria que dejó tendido á mi pobre caballo. Lo que es por mí, juzgué que no era prudente continuar la conversacion, y un pié tras otro vine á daros parte de tamaño desacato.

A tan inesperada nueva, quedóse aterrado y silencioso Rudbek; pero á los pocos momentos dijo al mensajero:

— ¡ Tú me engañas! ¡ es imposible! Y volviéndose á su escolta: « ¡ Adelante conmigo! »

Mas el soldado cogió la rienda de su caballo y le obligó á pararse.

— Mi general, le dijo, por Dios que correis á una muerte cierta. Ya que dudais de la verdad, pasad la vista por encima de este papel.

— ¿ Y qué es ese impreso?

— Una proclama del capitán Hellichius.

— ¿ Quién te la dió?

— Unos paisanos que viven fuera de las puertas de la plaza, y en cuya casa entré un instante para que me curasen un rasguño que en el brazo izquierdo me han hecho aquellos malditos perros.

Tomó Rudbek el papel de manos del soldado, y á los últimos rayos del día leyó un manifiesto en que decia Hellichius que se declaraba independiente del gobierno, porque algunas personas habian tomado injustamente el nombre del *Estado del reino de Suecia*... ejercido un poder tiránico, ultrajado la justicia, y favorecido las miras extranjerías... porque estos hombres no habian tomado precaucion alguna para evitar tan horrorosa carestía, y habian dado violentos ataques al poder real... Y por lo mismo, la guarnicion de Christianstadt daba ejemplo á todos los suecos, protestando que no dejaria las armas hasta que se devolviera á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Ninguna duda le dejó ya la lectura del manifiesto. El nombre del rey mezclado en cada línea parecia indicar cierta complicidad cuyo riesgo azoraba á Rudbek. Sin fuerzas de que disponer para atacar á los sublevados, el único partido que le quedaba era regresar á Estocolmo, y dar parte al comité secreto de aquella rebelion; y á pesar del cansancio de muchas horas de una marcha, volvió grupas para la capital del reino, destacando ántes á la ligera un correo, con un pliego dirigido á los miembros del comité. El 16 de agosto á las cuatro de su tarde llegó Rudbek á Estocolmo.

Sin pararse un momento, y sin informarse siquiera de si sus cólegas habian recibido su mensaje, pasó directamente á ver el rey, quien desde la víspera habia regresado tambien á la capital. Así que entró, cubierto de sudor y polvo, estaba solo Gustavo en su retirado gabinete, con los balcones abiertos que daban á un magnífico jardín cuya melancólica sombra derramaba frescura y reposo en aquella hermosa estancia. Este jóven rey, acusado de criminales proyectos; este temible conspirador, bordaba á la sazón una flor que habia prometido á cierta señora de su corte. Volvió la cabeza el rey al ruido que hizo Rudbek, y díjole con aquella gracia que en sus saludos tenia:

— Bien venido, amigo mio. ¡ Tan pronto de vuelta! Agradézcoos la que acabais de darme; porque segun indica vuestro traje, habeis creído, y con razon, que nadie en Estocolmo tiene mas derecho que yo á vuestra primera visita. Así pues, franqueza y sincera amistad es lo que de vos apetezco. ¿ Y qué nuevas me traéis de las provincias? ¿ Vive dichoso mi pueblo? ¿ Me quiere todavía?

Sin dejar Rudbek de mirar un solo instante á Gustavo, puso en sus manos el manifiesto del capitán Hellichius.

— ¿ Qué es eso? preguntó el rey.

— Léalo V. M., respondió Rudbek mirándole con la misma atencion.

Mas bien sorprendido que chocó de semejante obstinacion, leyó Gustavo en alta voz la proclama.

— ¡ Cosa extraña! dijo. ¿ Y cómo llegó á vuestras manos ese trozo de elocuencia?

— Señor, respondió Rudbek admirado de aquel aire de tranquilidad é ignorancia, en las puertas mismas de Christianstadt se ha distribuido este llamamiento á la revuelta, invocando el nombre de V. M.

— Efectivamente, dijo Gustavo, leyendo otra vez el papel; aun no conocia el veneno que esto encierra. ¿ Sabéis, Rudbek, que es suficiente para destituirme de mi corona?

— Pláceme que V. M. conozca el riesgo.

— Sí; ¿ pero qué puedo yo hacer? aprobar las medidas que hayais tomado vos, y desde ahora consiento en ellas. ¿ Y ha llegado ya á conocimiento del senado y comité?

A la respuesta afirmativa de Rudbek, continuó el rey:  
(Se concluirá.)

**Descripción del bordado.**

1. Cuello mosquetero, bordado guipure. En este cuello se puede poner punto de Valenciennes, si se quiere formar un bonito cuello medallon.
2. Papalina María Stuardo, bordado inglés.
3. Guarnición para manga marquesa.

4. Pañuelo al feston.
5. Banda para guarnecer pantalones, bordado inglés.
6. Entredos que hace juego con la banda nº 5.
7. Escudo con el nombre de Armande.
8. Banda para delantal de niño.
9. L. D. enlazadas, y con corona encima.

10. Nelly, al feston mate.
11. Lara, plumetis sencillo.
12. Melina, id. fácil.
13. Desirée, plumetis abierto.
14. Ernestine, bordado inglés.

**El mes de Setiembre.**

Difícil es, muy difícil  
Dar variedad á mi estilo  
En esta serie de cantos  
Que son tan poco distintos.

Tiene el año doce meses  
Y he de hilvanar doce idilios  
Completamente diversos  
En su fondo y apellidos.

Lo del apellido pase,  
Porque desde luego aviso  
Que las cuestiones de nombre  
Jamás me importan un pito.

Además de esto, los meses  
Tienen ya sus nombres fijos  
Y un calendario pudiera  
Sacarme del compromiso.

Pero el fondo es otra cosa,  
Y hartó temo que el destino  
En vez de mostrarme el fondo  
Me precipite al abismo.

Yo bien sé que Enero y Julio,  
Aunque hermanos parecidos,  
Muestran en sus diferencias  
Que no nacieron mellizos.

Pero estas desemejanzas,  
Que fácilmente sentimos,  
Son tan escasas y oscuras  
Entré los meses vecinos

Que cual si fueran gemelos  
Engañan nuestros sentidos,  
Siendo el uno para el otro  
Digna imágen de sí mismo.

Es fácil decir que Enero  
Nos hace temblar de frío  
Con su helada batería  
De nieve, escarcha y granizo,

Y encontrar la diferencia  
Que luego en Julio advertimos,  
Considerando que Julio  
Nos hace sudar el quilo.

Mas ¿qué diré de Setiembre,  
Asunto de este capítulo,  
Que de su compadre Agosto  
No se haya dicho y redicho?

El uno se ostenta armado  
De caniculares bríos,  
Y el otro compite en estos  
Gimnásticos ejercicios.

El uno causa catarros  
En matinal remusguillo,  
Y el otro en casos iguales  
Suele engendrar reumatismos;

Y decir será forzoso  
Por estos justos motivos  
Que uno y otro participan  
Del invierno y del estío.

Sin embargo, examinados  
Con cuidado estos mestizos,  
En cada cual hallarémos  
Sus rasgos característicos.

Agosto, el de frío en rostro,  
Da al verano el finiquito  
Encerrando en las paneras  
Cebada, centeno y trigo:

Los puertos de mar anima  
Con el precioso atractivo  
De los baños, consagrados  
A tan diversos oficios,

Como que en los tales baños,  
Segun el tiempo invertido,  
Dicen que engordan los flacos  
Y adelgazan los rollizos.

Agosto, en fin, aconseja  
Correr del campo los sitios,

Aquel amaga al otoño,  
Y este es el otoño mismo.

¡El otoño! Esta es la ganga  
Mas feliz de los nacidos;  
La estación por excelencia  
De la zona en que yo escribo.

La primavera nos brinda  
Con seductores hechizos  
Que el espíritu embelesan  
Cautivando los sentidos.

Pero en su temperatura  
Cambia sin ton y sin tino  
Saltando del hielo, á veces,  
A los calores de un brinco.

No nos halaga el otoño  
Con esos colores vivos  
Que en esmeralda engarzados  
Nos muestra el Abril florido.

Pero á falta de este y otros  
Estimables requisitos  
Nos obsequia con un tiempo  
Muy templado y muy tranquilo.

Verdad es que allá en los mares  
Suele haber sus remolinos  
De agua y viento á la presencia  
Del equinocio debidos.

Pero este mismo equinocio  
Presenta pocos peligros,  
Segun los mejores datos  
De inteligentes marinos,

Y ¡qué diablo! ya sabemos  
Que nunca será ni ha sido  
Completa la dicha humana  
En el globo en que vivimos.

El amor, que en la apariencia  
Brinda placeres divinos,  
A veces en cada halago  
Nos suele dar un pellizco.

Bien podemos á Setiembre  
Indultar caritativos,  
Porque entre muchas virtudes  
Muestre ó esconda algun vicio.

Y en efecto, si Setiembre  
Tiene, como he referido,  
Sus contras en mar y tierra  
Por costumbre ó por capricho,

Tiene tambien sus ventajas  
En número muy crecido,  
Y bien puede por la gloria  
Disimularse el martirio.

Entre los brillantes dotes  
Que en este mes descubrimos,  
Descuella su buena prenda  
De justo y equitativo.

Los astrónomos le han puesto  
Una balanza por signo  
La opinion justificando  
De sus imparciales juicios,

Y respetar es forzoso  
Al mes templado y benigno  
Que está por la diosa Témis  
Gobernado y protegido.

J. M. VILLERGA.



Por comodidad buscando  
El aire en vez del abrigo.

Setiembre ya se pronuncia,  
Si bien suave y comedido,  
Por la estación en que Febo  
Comienza á embotar sus tiros.

Los bañistas no se bañan  
Sino en momentos propicios,  
Porque parece que empiezan  
A sentir escalofríos.

Los que salieron al campo  
Se vuelven arrepentidos,  
Y aquellos que aun no se vuelven  
Andan rondando el camino.

En fin, Agosto declina  
Y queda Setiembre en vilo;